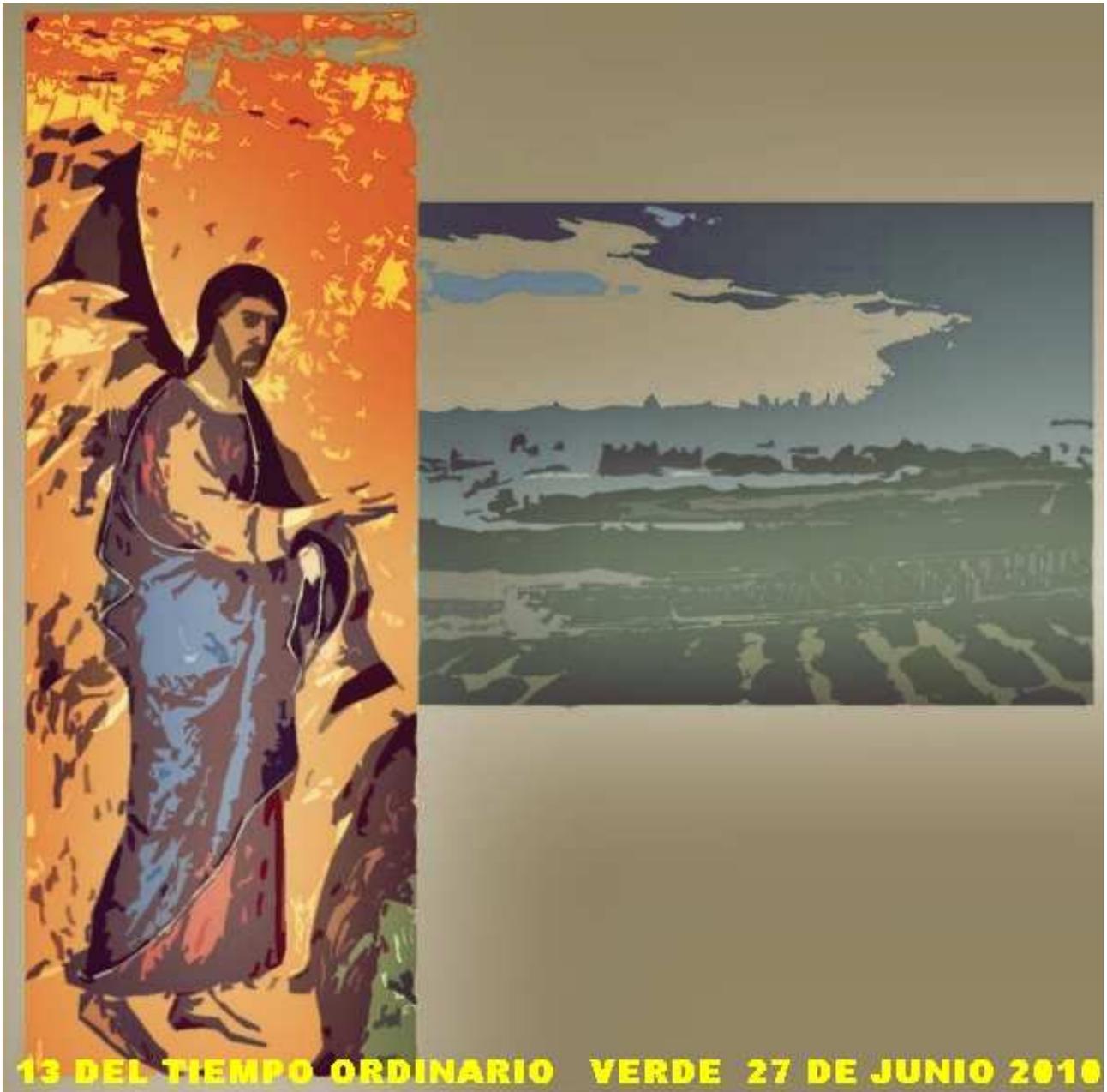


# Liturgia Eucarística Domingal





## Evangelio según San Lucas 9,51-62.



**Cuando estaba por cumplirse el tiempo de su elevación al cielo, Jesús se encaminó decididamente hacia Jerusalén y envió mensajeros delante de él. Ellos partieron y entraron en un pueblo de Samaría para prepararle alojamiento.**

**Pero no lo recibieron porque se dirigía a Jerusalén.**

**Cuando sus discípulos Santiago y Juan vieron esto, le dijeron: "Señor, ¿quieres que mandemos caer fuego del cielo para consumirlos?"**

**Pero él se dio vuelta y los reprendió.**

**Y se fueron a otro pueblo. Mientras iban caminando, alguien le dijo a Jesús: "¡Te seguiré adonde vayas!"**

**Jesús le respondió: "Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza".**

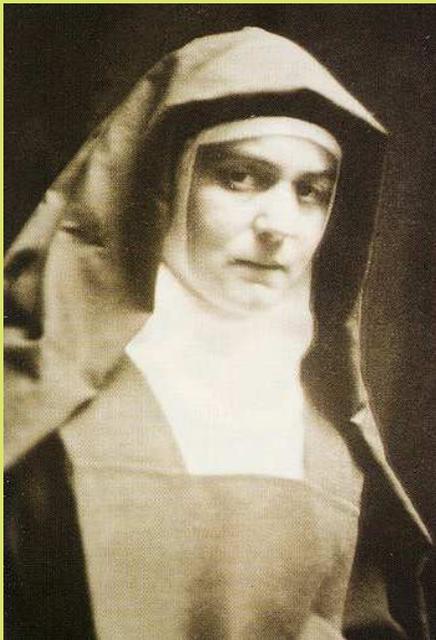
**Y dijo a otro: "Sígueme". El respondió: "Permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre".**

**Pero Jesús le respondió: "Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve a anunciar el Reino de Dios".**

**Otro le dijo: "Te seguiré, Señor, pero permíteme antes despedirme de los míos".**



Jesús le respondió: "El que ha puesto la mano en el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios".



**Santa Teresa-Benedicta de la Cruz [Edith Stein] (1891-1942), carmelita descalza, mártir, copatrona de Europa**  
*Meditación para la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz*

## «Sígueme»

El Salvador nos ha precedido en el camino de la pobreza. A Él le pertenecen todos los bienes del cielo y de la tierra. Para Él no presentaban ningún peligro; podía usar de ellos al mismo tiempo que conservaba su corazón enteramente libre. Pero sabía muy bien que es casi imposible al ser humano poseer bienes sin subordinarse a ellos y hacerse su esclavo. Por esta razón lo abandonó todo, y con su ejemplo nos ha enseñado, aún más que con sus palabras, que sólo lo posee todo el que no posee nada. Su nacimiento en un establo y su huída a Egipto nos hacen comprender ya, que el Hijo del



**hombre no tendría un lugar donde reposar la cabeza. El que quiera seguirle debe saber que nosotros no tenemos aquí abajo una morada permanente. Cuanto más vivamente tomemos conciencia de ello, más ardientemente tenderemos hacia nuestra morada futura y exultaremos sólo de pensar que tenemos derecho de ciudadanía en el cielo.**





## DOMINGO DECIMOTERCERO DEL TIEMPO ORDINARIO-C

**«Y cuando estaba para cumplirse el tiempo de su partida, Jesús decidió firmemente marchar hacia Jerusalén. Y envió por delante unos mensajeros, que entraron en una aldea de samaritanos para prepararle hospedaje; y no le acogieron, porque daba la impresión de ir a Jerusalén. Al ver esto, sus discípulos Santiago y Juan dijeron: Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma? Y volviéndose, les reprendió. Y se fueron a otra aldea.» (Lucas 9, 55-62)**



**1º. Jesús, vas a parar en Samaria para descansar del viaje.**

**Samaria era la región situada entre Galilea, al norte -donde estaba Nazaret y Cafarnaún-, y Judea, al sur -donde estaba Jerusalén y Belén.**

**Es la gran oportunidad de aquel pueblo samaritano para conocerte.**

**Pero, su odio por los judíos es tal que, sólo «porque daba la impresión» de que ibas a Jerusalén, no te quieren hospedar.**

**Jesús, ¡qué pena que haya aún tanta gente que te rechaza por diferencias de nación, lengua o cultura!**





**¡Qué pena, también, que haya tantas guerras, tanto odio entre distintos pueblos o razas!**



**¿Qué puedo hacer yo ante estas situaciones?**

**Primero rezar.**

**Te pido, Jesús, por la paz del mundo; te lo pido por intercesión de Maria, mi madre, que es Reina de la Paz.**

**Sé que me escuchas, sé que esta oración no es en balde, sino que contribuye a que los hombres -especialmente aquéllos que tienen una responsabilidad más directa- busquen la paz y el entendimiento.**

**En segundo lugar, como condición necesaria para que mi petición sirva de algo, he de saber comprender y perdonar a los que tengo a mi lado.**

**Por eso reprendes a Santiago y Juan cuando te piden acabar con aquel pueblo que no quiso recibirte.**



**La venganza no es cristiana; el odio es el camino opuesto al que me has enseñado con tu vida y con tu muerte.**

**Ayúdame a dominar mi carácter, y a saber perdonar y comprender siempre.**



**Además, es más efectivo decir las cosas bien que enfadado.**

**2º. «Eso mismo que has dicho dilo en otro tono, sin ira, y ganara fuerza tu raciocinio, y sobre todo, no ofenderás a Dios». (Camino.-9).**

**Jesús, a veces pierdo la paciencia cuando en casa o en el trabajo alguien no responde como esperaba, o hace algo mal después de haberle explicado muchas veces cómo debía hacerlo.**

**Y parece que no cabe otra alternativa que levantar la voz y dar un grito, o un puñetazo en la mesa.**

**Casi inconscientemente, desearía -como Santiago y Juan- que bajase fuego del cielo sobre aquellas personas, y olvidarme de ellas para siempre.**



**Incluso algunos creen que esas reacciones impetuosas son una muestra de carácter.**

**Pero hoy, Jesús, me enseñas que lo que son realmente, es una muestra de falta de carácter: de**

**falta de fortaleza para contener el propio genio.**

**Tú me demuestras el verdadero carácter cuando -a pesar del peligro de muerte que te acechaba decidiste «firmemente marchar hacia Jerusalén.»**

**No tienes miedo de hacer lo que debes hacer: y eso es precisamente tener carácter.**

**El carácter no está en gritar, en enfadarse, o en despreciar al que no**



**sabe hacer las cosas tan bien como yo.**

**El carácter está, más bien, en no excusarse ante lo que cuesta; en no echar las culpas de mis fallos a los demás, o a las circunstancias; en saber comprender**

**una y otra vez, sin perder la calma, pero a la vez corrigiendo si es necesario: eso mismo que has dicho, dilo en otro tono.**



**«Si la regla de conducta del maestro debe ser siempre perseguir el vicio para corregirle, es muy conveniente que conozcamos que debemos ser firmes con los vicios, pero compasivos con el hombre». (San Gregorio Magno).**



**Si hay que corregir, se corrige.**

**Pero con el tono propio del que intenta enseñar, no despreciar.**

**Ayúdame, Jesús, a tener el carácter recio que Tú tuviste, y a la vez a tener esa mansedumbre, esa comprensión con los fallos de los demás.**

**Esta meditación está tomada de: “Una cita con Dios” de Pablo Cardona. Tiempo ordinario. Ediciones Universidad de Navarra. S. A. Pamplona.**



## ***Benedicto XVI: Seguir a Cristo con la propia cruz***



**Hoy durante el rezo del Ángelus**

**CIUDAD DEL VATICANO, domingo 20 de junio de 2010 ([ZENIT.org](http://ZENIT.org)).- Ofrecemos a continuación la intervención de Benedicto XVI hoy, durante el rezo del Ángelus en la Plaza de San Pedro, con miles de peregrinos reunidos de todas partes del mundo.**

**Queridos hermanos y hermanas**

**Esta mañana en la Basílica de San Pedro he conferido el orden presbiteral a catorce diáconos de la diócesis de Roma. El sacramento del Orden manifiesta, de parte de Dios, su atenta cercanía a los hombres y, de parte de quien lo recibe, la plena disponibilidad a convertirse en instrumento de esta cercanía, con un amor radical a Cristo y a la Iglesia.**



En el Evangelio de hoy domingo, el Señor pregunta a sus discípulos: “Vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Lc 9,20). A esta pregunta el apóstol Pedro responde prontamente: Tu eres el Cristo de Dios, el Mesías de Dios” (*Ibid.*), superando, así, todas las opiniones terrenas que consideraban a Jesús uno de los profetas. Según san Ambrosio, con esta profesión de fe, Pedro “abrazó juntas todas las cosas, porque expresó la naturaleza y el nombre” del Mesías (*Exp. in Lucam VI, 93, CCL 14, 207*). Y Jesús, frente a esta profesión de fe, renueva a Pedro y a los demás discípulos la invitación a seguirle en el camino comprometido en amor hasta la Cruz. También a nosotros, que podemos conocer al Señor mediante la fe en su Palabra y en los Sacramentos, Jesús nos dirige la propuesta de seguirle cada día, y también a nosotros nos recuerda que para ser sus discípulos es necesario apropiarnos del poder su Cruz, culmen de nuestros bienes y corona de nuestra esperanza.



San Máximo el Confesor observa que “el signo distintivo del poder de nuestro Señor Jesucristo es la cruz, que él llevó sobre sus hombros” (*Ambiguum 32, PG 91, 1284 C*). De hecho, “a todos decía: 'Si alguno



quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, coja su cruz y me siga” (Lc 9,23). Tomar la cruz significa comprometerse en derrotar al pecado que obstaculiza el camino hacia Dios, acoger cotidianamente la voluntad del Señor, acrecentar la fe sobre todo ante los problemas, las dificultades, el sufrimiento. La santa carmelita Edith Stein nos dio testimonio de ello en un tiempo de persecución. Escribía así desde el Carmelo de Colonia en 1938: “Hoy entiendo... qué quiere decir esposa del Señor en el signo de la cruz, porque por

completo no se comprenderá nunca, ya que es un misterio... Más se hace oscuro a nuestro alrededor, tanto más debemos abrir el corazón a la luz que viene de lo alto”. (*La elección de Dios. Cartas (1917-1942)*, Roma 1973, 132-133). También en la época actual muchos son los cristianos en el mundo que, animados por el amor por Dios, asumen cada día la cruz, sea la de las pruebas cotidianas, sea la procurada por la barbarie humana, que a veces requiere el valor del sacrificio extremo. Que el Señor nos conceda a cada uno de nosotros poner siempre nuestra sólida esperanza en Él, seguros de que, al seguirle llevando nuestra cruz, llegaremos con Él a la luz de la Resurrección.

Confiamos a la protección maternal de la Virgen María a los nuevos sacerdotes ordenados hoy, que se añaden a la multitud de cuantos el Señor ha llamado por su nombre: que sean siempre discípulos fieles, valientes anunciadores de la Palabra de Dios y administradores de sus Dones de la salvación.



V. Ángelus Dómini nuntiávit Mariae.  
R. Et concépit de Spíritu Sancto.  
*Ave María.*

V. Ecce ancilla Dómini.  
R. Fiat mihi secúndum verbum tuum.  
*Ave María.*

V. Et Verbum caro factum est.  
R. Et habitávit in nobis.  
*Ave María.*

V. Ora pro nobis, sancta Dei Génitrix.  
R. Ut digni efficiámur promissionibus Christi.

Orémus:

Grátiam tuam, quaesumus, Dómine, méntibus nostris infunde: ut qui, Ángelo nuntiánte, Christi Filii tui Incarnatióne cognóvimus, per Passiónem ejus et Crucem ad resurrectiós glóriam perducámur. Per eúndem Christum Dóminum nostrum.

R. Amen.

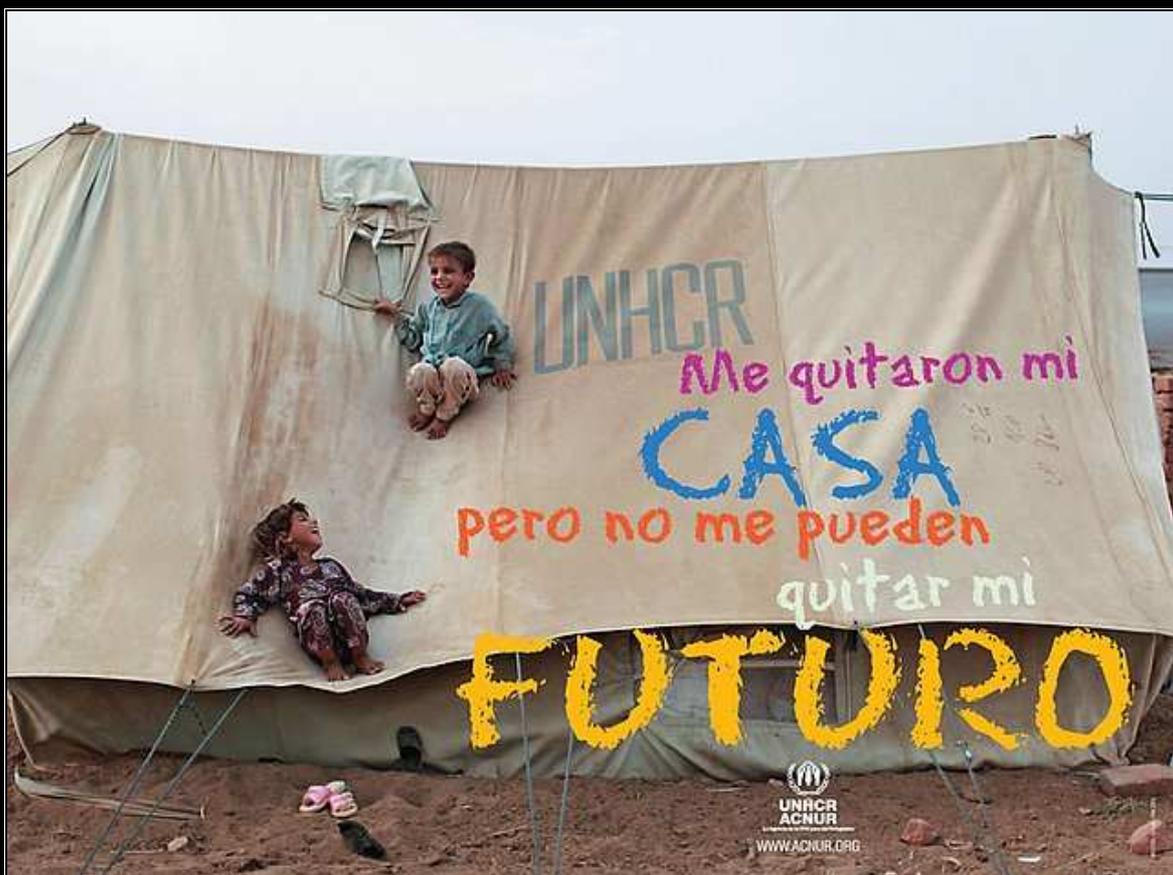


### *[Después del ángelus]*

**Deseo dirigir un apremiante llamamiento para que la paz y la seguridad sean restablecidas en el Kirguistán meridional, a raíz de los graves conflictos que han tenido lugar en los días pasados. A los parientes de las víctimas y a cuantos sufren por esta tragedia expreso mi conmovida cercanía y aseguro mi oración. Invito, además, a todas las comunidades étnicas del país a renunciar a cualquier provocación o violencia y pido a la comunidad internacional que actúe para que las ayudas humanitarias puedan alcanzar prontamente a las poblaciones afectadas.**



**Hoy la Organización de las Naciones Unidas celebra la Jornada Mundial del Refugiado, para llamar la atención sobre los problemas de cuantos han dejado forzadamente su propia tierra, llegando a ambientes que a menudo son profundamente diversos. Los refugiados desean encontrar acogida y ser reconocidos en su dignidad y en sus derechos fundamentales; al mismo tiempo, pretenden ofrecer su contribución a la sociedad que les acoge. Oremos para que, en una justa reciprocidad, se responda de modo adecuado a esta expectativa y muestren el respeto**



que nutren por la identidad de las comunidades que les reciben.

*[En español dijo]*

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española que se unen a esta plegaria mariana, también a través de la radio y la televisión. La liturgia de hoy nos llega con la pregunta de Jesús a sus discípulos: ¿Quién decís que soy yo? A ella se puede dar una respuesta acertada sólo tras haberla aprendido de Él, escuchando su palabra, imitando su vida, encontrándolo personalmente en los sacramentos y en la oración. Que la Virgen María nos ayude en esta apasionante búsqueda para descubrir a quien es nuestra alegría y nuestra salvación. Feliz Domingo.

*[Traducción del italiano por Inma Álvarez]*



# Ángelus Santuario Cenáculo de Bellavista

V. El Ángel del Señor anunció a María.  
R. Y concibió por obra del Espíritu Santo.  
Dios te salve, María... Santa María...

V. He aquí la esclava del Señor.  
R. Hágase en mí según tu palabra.  
Dios te salve, María... Santa María...

V. Y el Verbo se hizo carne.  
R. Y habitó entre nosotros.  
Dios te salve, María... Santa María...

V. Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.  
R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Cristo.

Oremos:

Derrama, Señor, tu gracia sobre nosotros, que, por el anuncio del Ángel, hemos conocido la encarnación de tu Hijo, para que lleguemos, por su pasión y su cruz, a la gloria de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.  
R. Amén.









# *¡Mi Misa es mi vida, y mi vida es una Misa prolongada!*

Padre san Alberto Hurtado



**Ser Cristo! He aquí todo mi problema. La razón de ser de la creación. Todo el mundo ha sido creado para la gloria del Hijo de Dios, y yo me uno al Hijo de Dios por mi bautismo, que me hace a mí también Hijo de Dios, y me vinculo más y más íntimamente cada vez que comulgo. Por la Eucaristía puedo yo decir con toda verdad: ¡Cristo vive en mí, yo en Él! No ser sino uno. Toda la razón de ser de mi vida, todo el sentido de mi existencia, lo descubro y lo recuerdo cada vez que asisto a la Santa Misa, cada vez que comulgo.**



**[Hacer de la Misa el centro de mi vida. Prepararme a ella con mi vida interior, mis sacrificios, que serán hostia de ofrecimiento; continuarla durante el día dejándome partir y dándome... en unión con Cristo.**

**¡Mi Misa es mi vida, y mi vida es una Misa prolongada!].**

**Después de la comunión, quedar fieles a la gran transformación que se ha apoderado de nosotros. Vivir nuestro día como Cristo, ser Cristo para nosotros y para los demás:**

**¡Eso es comulgar!**





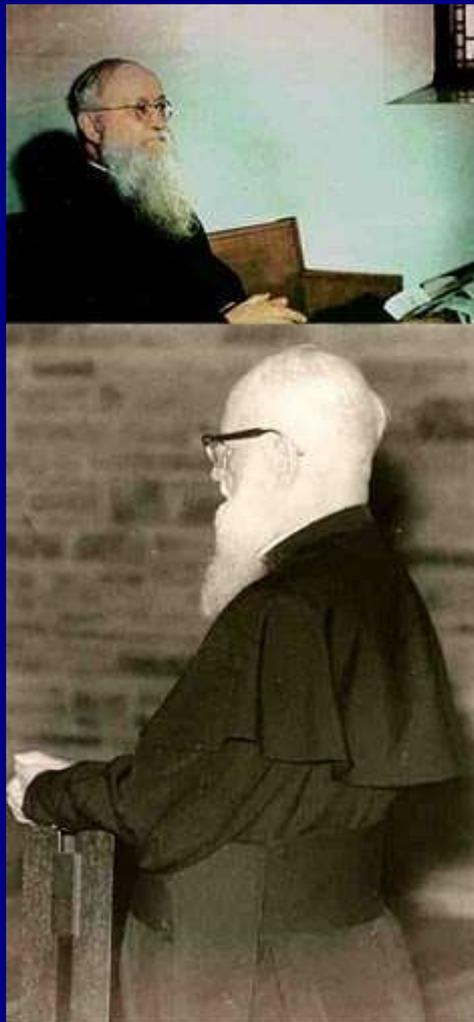
**Pueblos todos, aplaudan;  
aclamen al Señor con gritos de júbilo.**

**ANTÍFONA DE ENTRADA (Sal 46, 2)**



## ACERCÁNDONOS AL 8 DE JULIO

El padre José Kentenich recibió la ordenación sacerdotal el 8 de julio de 1910 de manos del Obispo Heinrich Vieter, procedente de Camerún, e la capilla de la Casa de las Misiones de los PP.Palotinos, en limburgo. Ocho fueron los ordenados. E la misma capilla José celebró su primera misa, el 10 de julio asistido por su provincial el P. Michael Kolb





## He Aquí El Gran Misterio; Jesús Nos Ofrece Su Carne, Su Cuerpo Y Su Sangre



### Padre José Kentenich

El buen Pastor conduce a su majada a praderas de pastos abundantes (Ez 34,14). ¿Cómo son estas praderas? ¿Cuál es el alimento que Jesús ofrece a sus ovejas? Lo sabemos es su propia carne y sangre: Su vida es pan para la humanidad.

Quien coma de ese panos dice muy claramente- vivirá para siempre...El pan que yo les voy a dar, es mi carne para la salvación del mundo (Jn 6,51). He aquí el gran misterio; Jesús nos ofrece su carne, su cuerpo y su sangre, nos dice que

comamos y bebamos de ellos para que vivamos. Y vuelve a repetirlo: En verdad, en verdad les digo: quien no coma mi carne y no beba mi sangre- ¡ de que modo tan concreto nos habla ¡ quien no coma mi carne y no beba mi sangren tendrá vida en él( Jn 6,53).¿ A qué vida se refiere el Señor aquí? Se trata de la vida del Hijo de Dios en nosotros. La Eucaristía es naturalmente el alimento que tenemos que recibir tan frecuente como sea posible, para que esa vida no se extinga. Así cuida de su rebaño el buen Pastor.

El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él (Jn 6,56). Se trata de una profunda biunidad que, en virtud de la santa

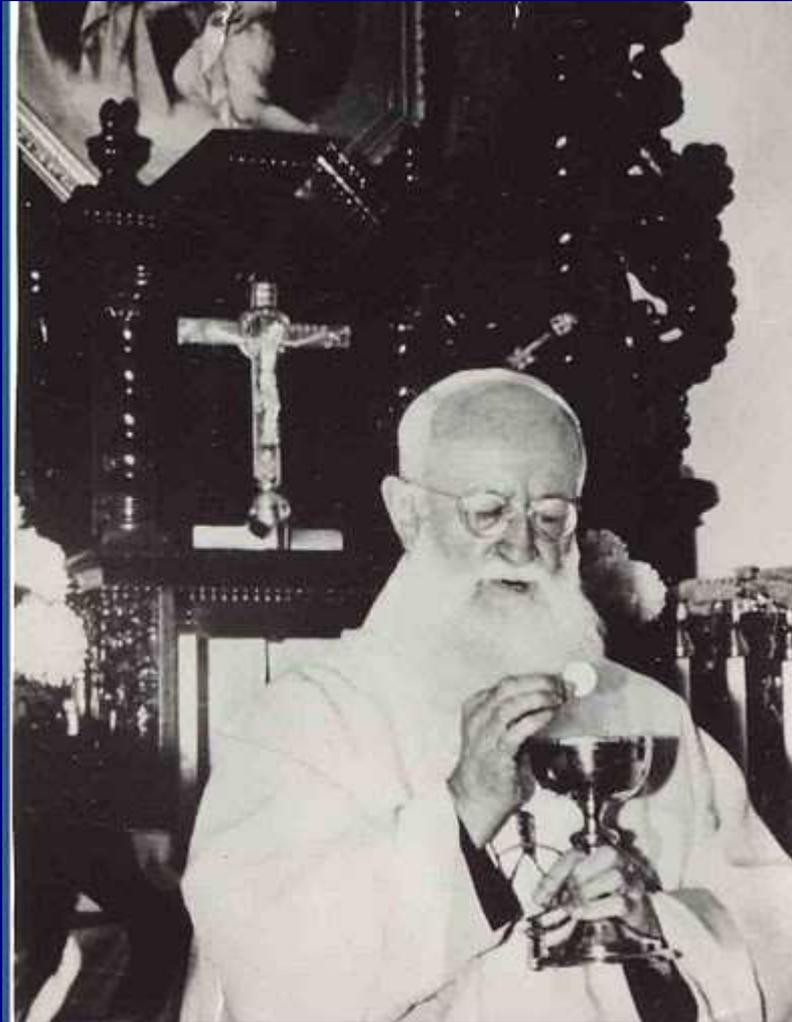


comunión se hace permanente y más honda aún.

“Permanece en mi, y yo en él”, unidad de vida, unidad de amor. Y más adelante nos dice: “Yo y el Padre somos uno” ( Jn 6,57). Así como yo vivo del Padre y por mi Padre, así también quien coma un carne vivira por mi(Jn 6,57)

Difícilmente se puede expresar con mayor transparencia y de manera tan clásica esa misteriosa biunidad entre Jesús y nosotros, los que

comulgamos con él , los que comemos su carne y bebamos su sangre ( Homilía comunidad alemana 1964 )





*Padre de bondad,  
que por medio de  
tu gracia nos has hecho hijos de la luz,  
concédenos vivir fuera de las tinieblas  
del error y permanecer siempre en el  
esplendor de la verdad.  
Por nuestro Señor Jesucristo...*

*Oración colecta*



## Comentario Patristico

### *Domingo 13 del tiempo ordinario*

Verdad y caridad son los dos polos de la vida y del testimonio cristiano, y son también el objeto de nuestra oración en una liturgia dominical como la de hoy, llena de la alegría de los redimidos.

**Entrada:** «Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo» (Sal 46,2).

**Colecta (del Sacramentario de Bérnago):** «Padre de bondad, que por la gracia de la adopción nos has hecho hijos de la luz; concédenos vivir fuera de las tinieblas del error y permanecer siempre en el esplendor de la verdad».

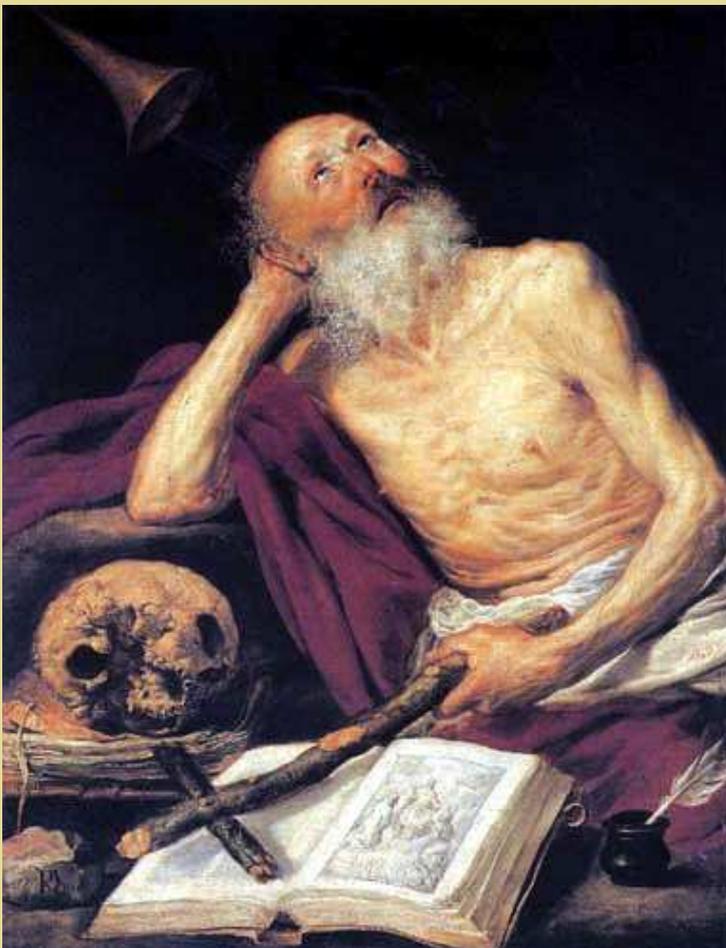
**Ofrendas (del Veronense):** « ¡Oh Dios!, que obras con poder en tus sacramentos, concédenos que nuestro servicio sea digno de estos dones sagrados».

**Comunión:** «Bendice, alma mía, al Señor y todo mi ser a su santo nombre» (Sal 102,1); *o bien:* «Padre, por ellos ruego; para que todos sean uno en nosotros y así crea el mundo que Tú me has enviado, dice el Señor» (Jn 17,20-21).

**Postcomunión (del Misal anterior, retocada con el texto de Jn 15,16):** «La víctima eucarística que hemos ofrecido y recibido en comunión nos vivifique, Señor, para que, unidos a ti en caridad perpetua, demos frutos que siempre permanezcan».

**CICLO C**

**Carácter exigente de la vocación apostólica:** Cuando Dios llama todo se ha de abandonar. Así lo hizo el profeta Eliseo. No nos ate la letra de la ley, como dice San Pablo. Así estaremos en la verdadera libertad para ponernos al servicio de los demás por amor. Ser cristiano significa haber sido elegido y predestinado por el Padre, para ser injertado en el misterio de Cristo y para permanecer fieles a su llamamiento, a su amor, y a su obra de santificación sobre nosotros. La iniciativa de esta vocación es siempre de Dios. Nuestra responsabilidad consiste en responder diariamente con toda generosidad a este don divino.



*–1 Reyes, 19,16.19-21:  
Eliseo se levantó y se marchó tras Elías. Su actitud es un ejemplo exacto de renuncia de los propios intereses para seguir el llamamiento divino.*

En la Nueva Alianza los apóstoles y discípulos de Cristo heredarán el espíritu de los profetas. Jesucristo exigirá una exclusividad absoluta en su servicio. Así actuaron los apóstoles y millones de hombres y mujeres en los veinte siglos de cristianismo. San Jerónimo dice:

**«Una administración excesivamente cautelosa de la hacienda familiar, y que vuelve cautelosamente a sus cálculos, no se abandona tan fácilmente. José con la túnica puesta, no habría podido escapar de la mano de la egipcia. Aquel joven que, envuelto en una sábana, seguía a Jesús, al ser apresado por los**



esbirros dejó el vestido terreno y se marchó desnudo. Elías, cuando fue arrebatado en un carro al cielo, dejó su manto en la tierra. Eliseo ofreció en sacrificio los bueyes y los yugos de su anterior oficio... Dejar el oro es de principiantes, no de perfectos. Eso lo hizo el tebano Crates, lo hizo Antístenes. Ofrecerse a sí mismo a Dios, eso es lo propio de los cristianos y de los apóstoles» (*Carta 71,3*, a Lucinio).

–Con el *Salmo 15* decimos: «el Señor es mi lote y mi heredad». En este Salmo tenemos una magnífica expresión de la fe. Pero esa fe con la que nos jugamos toda nuestra existencia a la única carta de Dios, está toda ella trascendida de amor. Con él nos remontamos fácilmente hasta las alturas desde donde se divisa una vida prolongada más allá de la muerte en la presencia y compañía de Dios. Esto se hizo realidad cierta y firme con la resurrección de Jesucristo.

–*Gálatas 4,31-5,1,13-18*: *Vuestra vocación es la libertad*. Liberación personal del pecado para vivir totalmente con fidelidad al designio de Dios sobre nosotros. La libertad del justo es una libertad en el amor al prójimo por Dios. Esto, paradójicamente, nos lleva a una esclavitud al servicio del hermano. Es también una libertad en el Espíritu Santo, que dirige la vida de los justos y la orienta por un camino espiritual contrario a las apetencias de la carne, cuya vida es antagónica a la del Espíritu, totalmente dominada por lo divino y sobrenatural. Dice San Juan Crisóstomo:



«Cristo nos liberó del yugo de la esclavitud, nos hizo responsables de nuestras actuaciones, pero no para que empleáramos ese poder para el mal, sino como ocasión de alcanzar un premio mayor, elevándonos a un nivel más alto de



vida. Puesto que en varias ocasiones llama a la ley yugo de esclavitud y a la gracia liberación de la maldición, a fin de que nadie creyese que prescribe abandonar la ley porque fuera lícito vivir de forma contraria a la ley, corrige esta suposición diciendo: ordeno esto, no para que surja una forma de vida inicua, sino para que la vida cristiana vaya más allá de la ley, pues las ataduras de la ley han sido destruidas.

«No digo todo esto para que seamos pusilánimes, sino para que alcancemos un nivel más alto.. Andad según el Espíritu y no deis satisfacción al deseo de la carne. He aquí que señala otro camino que hace accesible la virtud y que da cumplimiento a cuanto se ha dicho, camino que engendra amor y que viene reforzado por el amor. Pues nada, nada inclina tanto al amor como el ser espiritual, y nada induce al Espíritu a permanecer con nosotros como la fuerza del amor... El que posee el Espíritu, tal y como conviene, apaciguará gracias a él todos los malos deseos. El que se ve libre de estos, no necesita del auxilio de la



ley, porque se encuentra en una situación más elevada con respecto a sus preceptos...»

*(Comentario a la Carta a los Gálatas V,3-6).*

–*Lucas 9,51-62: Te seguiré adonde vayas.* Ante la iniciativa y el llamamiento divino siempre corremos el riesgo de tratar de condicionar nuestra respuesta según los propios intereses personales. De este modo, podemos hacernos indignos del don divino. Comenta San Agustín:

«Escuchad lo que me ha inspirado Dios sobre este capítulo del Evangelio. En él se lee cómo se comportó el Señor distintamente con tres hombres. A uno que se ofreció a



seguirlo, lo rechazó; a otro que no se atrevía lo animó a ello; por fin a un tercero que lo difería lo censuró. ¿Quién más dispuesto, más resuelto, más decidido ante un bien tan excelente como es seguir al Señor adonde quiera que vaya que aquél que dijo: “Señor, te seguiré adondequiera que vayas” (Lc 9,57).

«Lleno de admiración preguntas: ¿Cómo es esto; cómo desagradó al Maestro bueno, nuestro Señor Jesucristo, que va en busca de discípulos para darles el Reino de los cielos, hombre tan bien dispuesto? Como se trataba de un Maestro que preveía el futuro, entendemos que este hombre, hermanos míos, si hubiera seguido a Cristo hubiera buscado su propio interés y no el de Jesucristo.

«Pues el mismo Señor dijo: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos” (Mt 7,21). Este era uno de ellos; no se conocía a sí mismo, como lo conocía el médico que lo examinaba. Porque si ya se veía mentiroso, si ya se conocía falaz y doble, no conocía a quien le hablaba. Pues Él es de quien dice el evangelista: “No necesitaba que nadie le informase sobre el hombre, pues Él sabía lo que había en el hombre” (Jn 2,25). ¿Y qué le respondió? “Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza ”(Lc 9,58). Pero, ¿dónde no tiene? En tu fe. Las zorras tienen escondites en tu corazón; eres falaz. Las aves del cielo tienen nidos en tu corazón; eres soberbio. Siendo mentiroso y soberbio no puedes seguirme. ¿Cómo puede seguir la doblez a la simplicidad?...» (*Sermón* 100,1).

Libertados por Cristo y para Cristo, nuestra libertad está en defender esa libertad de los hijos de Dios, sin hipotecar nuestra vida a nada que pueda traicionar nuestra vocación a la santidad y nuestra fidelidad al Corazón de Cristo y al Evangelio



## “400.000 sacerdotes y, sin embargo, un único Sacerdote”

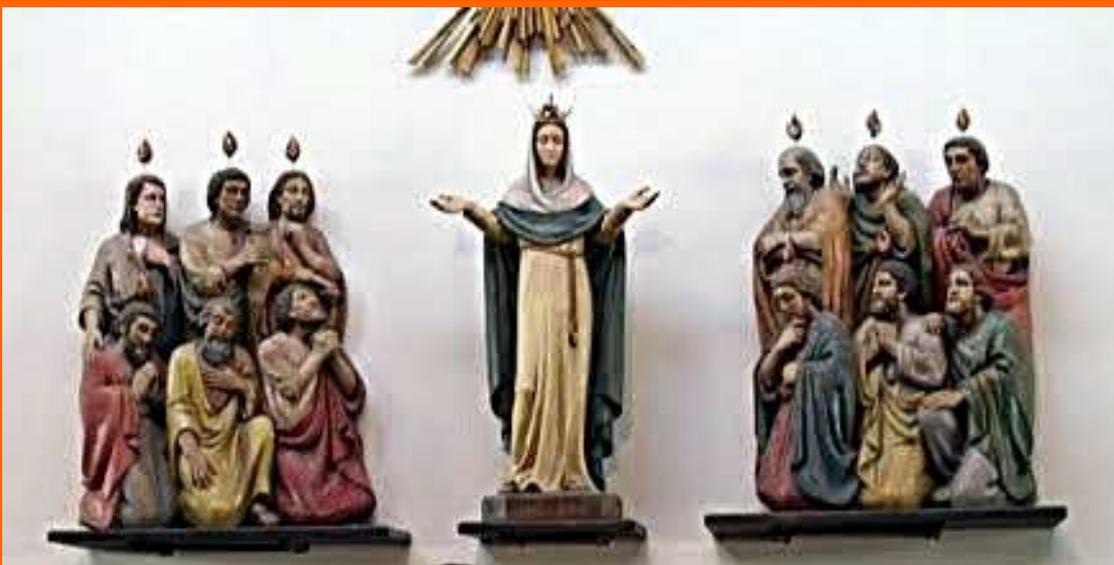
Posted: 23 Jun 2010 07:49 AM PDT



\*

*En el encuentro internacional de sacerdotes, con ocasión de la clausura del Año Sacerdotal, además del Arzobispo de Colonia, intervino también el Cardenal Marc Ouellet, Arzobispo de Québec y Primado de Canadá. Ofrecemos nuestra traducción de su conferencia.*

“Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas, hijo de Santiago. Todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús” (Hechos 1, 13-14)



Queridos amigos,

El Santo Padre Juan Pablo II amaba particularmente esta escena de los Hechos de los Apóstoles. Se sumergía literalmente en contemplación, en la conciencia de pertenecer a este misterio con toda la Iglesia y de modo especial con los sacerdotes. Desde el Cenáculo de Jerusalén, él les dirigía este mensaje:

“Desde este lugar santo me surge espontáneamente pensar en vosotros en las diversas partes del mundo, con vuestro rostro concreto, más jóvenes o más avanzados en años, en vuestros diferentes estados de ánimo: para tantos, gracias a Dios, de alegría y entusiasmo; y para otros, de dolor, cansancio y quizá de desconcierto. En todos quiero venerar la imagen de Cristo que habéis recibido con la consagración, el «carácter» que marca indeleblemente a cada uno de vosotros. Éste es signo del amor de predilección, dirigido a todo sacerdote y con el cual puede siempre contar, para continuar adelante con alegría o volver a empezar con renovado entusiasmo, con la perspectiva de una fidelidad cada vez mayor” (*Carta a los sacerdotes*, Jueves Santo del año 2000).



Este mensaje formulado en el cenáculo de Jerusalén, la ciudad santa por excelencia, nos interpela en esta primera basílica mariana de la cristiandad y en esta hora bendita del Año Sacerdotal. Nos recuerda el amor de predilección que nos eligió y nos reúne en oración en el cenáculo, como los Apóstoles permanecieron en oración con María después de la Resurrección, en la espera de que se cumpliera la promesa del Señor: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra” (Hechos 1, 8).

San Ireneo de Lyon describe esta fuerza del Espíritu que ha atravesado los siglos:



“El Espíritu de Dios descendió sobre el Señor, Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de temor de Dios. A su vez, el Señor lo ha donado a la Iglesia, enviando al Paráclito sobre toda la tierra desde el cielo, que fue



de donde dijo el Señor que había sido arrojado Satanás como un rayo”  
(*Contra las herejías*).

El día de mi ordenación sacerdotal, después de la imposición de manos, yo quedé impresionado por una palabra de San Pablo para el resto de mis días: “Esto no quiere decir que haya alcanzado la meta ni logrado la perfección, pero sigo mi carrera con la esperanza de alcanzarla, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús” (Fil. 3, 12). Ordenado sacerdote en 1968, comencé mi ministerio en una atmósfera de contestación general que habría podido hacer desviar o incluso interrumpir mi carrera, como ocurrió en aquel período para muchos sacerdotes y religiosos. La experiencia misionera, la amistad sacerdotal y la cercanía de los pobres me ayudaron a sobrevivir a la agitación de los años postconciliares.

Hoy somos testigos de la irrupción de una ola de contestación sin precedentes sobre la Iglesia y el sacerdocio, tras la revelación de escándalos de los que debemos reconocer la gravedad y reparar con sinceridad las consecuencias. Pero más allá de las necesarias purificaciones merecidas por nuestros pecados, también hay que reconocer en el momento presente una abierta oposición a nuestro servicio de la verdad y también los ataques desde el exterior y desde el interior que buscan dividir a la Iglesia. Nosotros rezamos juntos por la unidad de la Iglesia y por la santificación de los sacerdotes, estos heraldos de la Buena Noticia de la salvación.

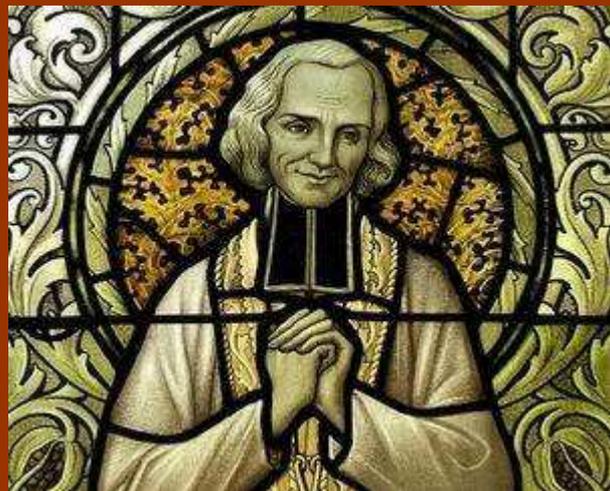
En el auténtico espíritu del Concilio Vaticano II, nos recogemos en la escucha de la Palabra de Dios, como los padres conciliares que nos han dado la Constitución *Dei Verbum*: "Os anunciamos la vida eterna, que



estaba en el Padre y se nos manifestó: lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros, y esta comunión nuestra sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn.1, 2-3).

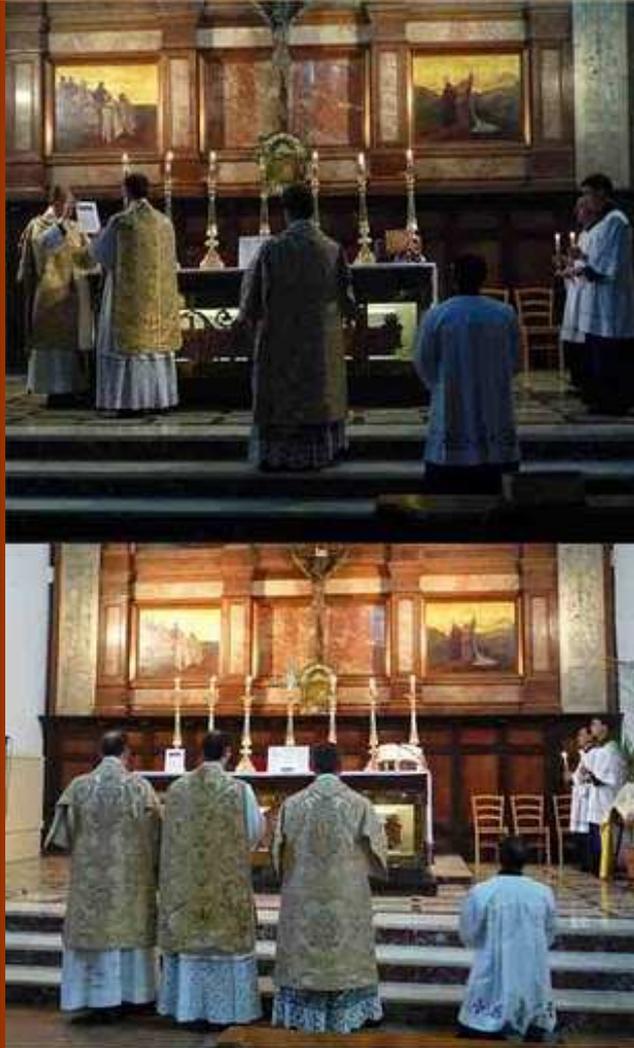
Queridos amigos, una gran figura sacerdotal nos acompaña y nos guía en esta meditación, el santo Cura de Ars, declarado patrono de todos los sacerdotes, por la gracia de Dios y la sabiduría de la Iglesia.

San Juan María Vianney confesó a la Francia arrependida, desgarrada y atormentada por la Revolución y de lo que allí surgió. Fue un sacerdote ejemplar y un pastor lleno de celo. Puso la oración en el corazón de la vida sacerdotal.



“Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con Él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada”. “Oh Dios mío, si mi lengua no pudiera decir que te amo en cada instante, quiero que mi corazón te lo repita tantas veces cuantas respiro”.

Estamos aquí, en gran número, en esta Basílica, con María, madre de Jesús y madre nuestra. Juntos “adoramos al Padre en espíritu y en verdad por la mediación del Hijo que hace descender sobre el mundo, de parte del Padre, las bendiciones celestiales” (San Cirilo de



Aleandría). A través de la fe, estamos unidos a todos los sacerdotes del mundo en comunión fraterna, bajo la guía de nuestro Santo Padre el Papa Benedicto XVI, a quien agradecemos desde lo profundo del corazón por haber convocado este Año Sacerdotal.

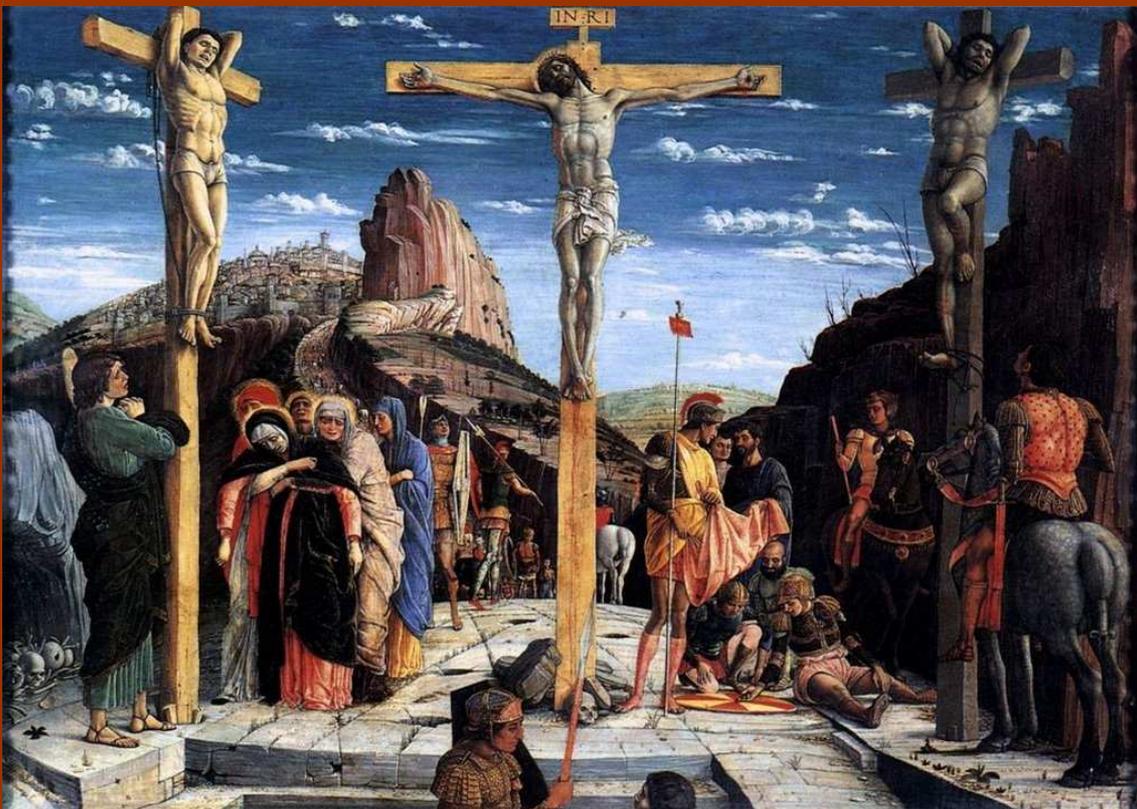
## El misterio del sacerdocio

La Iglesia Católica cuenta hoy con 408.024 sacerdotes distribuidos en los cinco continentes. 400.000 sacerdotes: es mucho y es poco para más de mil millones de católicos. 400.000 sacerdotes y, sin embargo, un solo Sacerdote, Jesucristo, el único medidor de la Nueva Alianza, aquel que presentó “súplicas y plegarias, con fuertes gritos y lágrimas, a Aquel que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su humilde sumisión” (Heb. 5, 7).

A causa de la desobediencia, el hombre pecador ha perdido desde los



órigenes la gracia de la filiación divina. Es por eso que los hombres nacen privados de la gracia original. Era necesario que esta gracia fuese restaurada por la obediencia de Jesucristo: “Aunque era Hijo de Dios, aprendió por medio de sus propios sufrimientos qué significa obedecer. De este modo, él alcanzó la perfección y llegó a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, porque Dios lo proclamó Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec” (Heb 5).

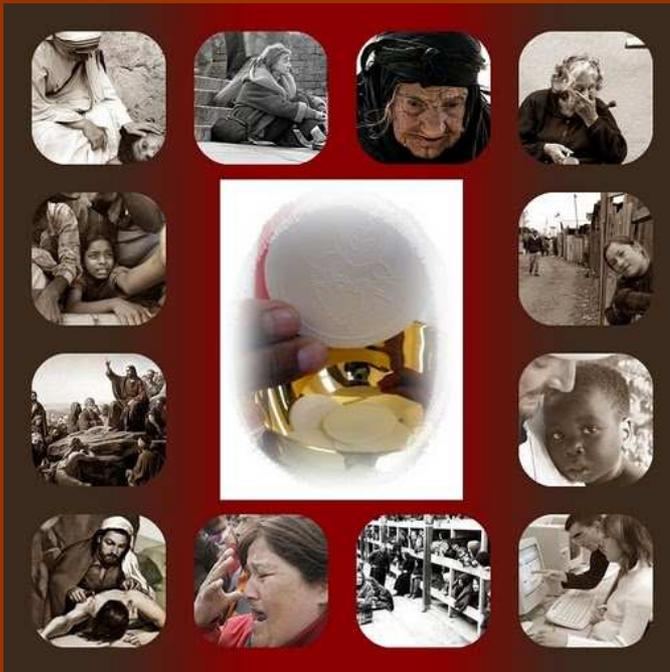


Este único y gran Sacerdote está en la cima del calvario como un nuevo Moisés, sosteniendo el combate de las fuerzas del amor contra las fuerzas del mal. Con los brazos clavados a la cruz de nuestras iglesias, pero los ojos abiertos como el crucifijo de San Damián, Él pronuncia sobre la Iglesia, sobre el mundo y sobre el universo entero, la gran Epiclesis.



Luego, en cada Eucaristía, la inmensa epiclesis de Pentecostés escucha y corona la invocación de la cruz. Cristo, con los brazos extendidos entre cielo y tierra, recoge todas las miserias y todas las intenciones del mundo. Él transforma en ofrenda agradable todo el dolor, todos los rechazos y todas las esperanzas del mundo. En un único Acto de Amor

infinito, Él presenta al Padre el trabajo de los hombres, los sufrimientos de la humanidad y los bienes de la tierra. En Él, “todo está cumplido”. El sacrificio de amor del Hijo satisface todas las exigencias de amor de la Nueva Alianza. Su descenso a los infiernos, hasta las profundidades



extremas de la noche, hace resonar la Palabra de Dios, la Palabra del Padre, que proclama hasta los confines del universo: “Tú eres mi Hijo muy amado, en ti tengo puesta toda mi predilección” (Mc 1, 11).

De este modo, el Padre responde a la oración del Hijo: “Padre, glorifícame junto a ti, con la gloria que yo tenía contigo antes que el mundo existiera” (Jn 17, 5). No pudiendo negar nada a su Hijo, el Padre hace descender sobre él el don último de la gloria, el don del Espíritu Santo, según la palabra de san Juan Evangelista y la interpretación que da de ella san Gregorio de Nisa.



De aquí el Evangelio de Dios proclamado por Pablo a los Romanos, “acerca de su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor, nacido de la estirpe de David según la carne, y constituido Hijo de Dios con poder según el Espíritu santificador por su resurrección de entre los muertos” (Rm 1, 3-4). Resurrección de Cristo: revelación suprema del misterio del Padre, confirmación de la gloria del Hijo, fundamento de la creación y de la salvación.

La Iglesia de Dios lleva este Evangelio de Dios a todo el mundo desde sus orígenes, en el poder del Espíritu Santo. De esto, nosotros somos testigos.

Queridos hermanos sacerdotes, la Iglesia es el sacramento de la salvación. En ella, nosotros somos el sacramento de este gran Sacerdote de los bienes presentes y futuros. Hemos nacido del intercambio de amor entre las Personas divinas y el Cristo-Sacerdote ha puesto sobre nosotros su celestial y gloriosa impronta. Habitados y poseídos por Él, elevamos a Dios Padre la súplica y el grito de la humanidad sufriente. Por Él, con Él y en Él, en comunión con el pueblo de Dios, reconocemos el misterio que nos es propio y damos gracias a Dios.

400.000 sacerdotes y, sin embargo, un único Sacerdote. Por el poder del Espíritu Santo, el Resucitado une a sí ministros de su Palabra y de su ofrenda. Por medio nuestro, Él permanece presente como el primer día y aún más que en el primer día ya que ha prometido que nosotros haríamos cosas más grandes. Cristo iba al encuentro de sus hermanos y sus hermanas caminando hacia la Cruz. Nosotros, sus ministros, vamos hacia nuestros hermanos y hermanas en su Nombre y en su poder de Resucitado. Nosotros estamos aferrados a Cristo, plenitud de la Palabra,



y enviados por todos los caminos del mundo sobre las alas del Espíritu.

“Por lo tanto – escribe Benedicto XVI –, el sacerdote que actúa *in persona Christi Capitis* y en representación del Señor, no actúa nunca en nombre de un ausente, sino en la Persona misma de Cristo resucitado, que se hace presente con su acción realmente eficaz” (*Audiencia general*, 14 de abril de 2010).

El Espíritu Santo garantiza nuestra unidad de ser y de obrar con el Único Sacerdote, aunque sigamos siendo 400.000. Él es quien hace de la multitud una sola grey, un solo Pastor. Ya que si el sacramento del sacerdocio es multiplicado, el misterio del sacerdocio permanece único e idéntico, como las hostias consagradas son múltiples pero único e idéntico es el Cuerpo del Hijo de Dios presente en ellas.





**Benedicto XVI señala las consecuencias espirituales y pastorales de esta unidad: “Para el sacerdote vale lo que Cristo dijo de sí mismo: «Mi doctrina no es mía» (Jn 7, 16); es decir, Cristo no se propone a sí mismo, sino que, como Hijo, es la voz, la Palabra del Padre. También el sacerdote siempre debe hablar y actuar así: «Mi doctrina no es mía, no propago mis ideas o lo que me gusta, sino que soy la boca y el corazón de Cristo, y hago presente esta doctrina única y común, que ha creado a la Iglesia universal y que crea vida eterna»” (Audiencia general, 14 de abril de 2010).**

**Que nosotros podamos, queridos amigos, conservar una conciencia viva de actuar *in persona Christi*, en la unidad de la Persona de Cristo. Sin esto, el alimento que ofrecemos a los fieles pierde el gusto del misterio y la sal de nuestra vida sacerdotal se vuelve insípida. Que nuestra vida conserve el sabor del misterio y, por eso, sea en primer lugar una amistad con Cristo: “Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas” (Jn. 21, 15). Vivida en este amor, la misión del sacerdote de apacentar las ovejas será entonces realizada en el Espíritu del Señor y en la unidad con el Sucesor de Pedro.**

## **El Espíritu Santo, la Virgen María y la Iglesia**

**Busquemos ahora el secreto y desconocido fundamento de la santidad sacerdotal allí donde convergen todos los misterios del sacerdocio: en la intimidad espiritual de la Madre del Hijo en la que reina el Espíritu de Dios.**



Sobre las agua de la creación primordial, el Espíritu aletea y hace surgir el orden y la vida. El salmista se hace eco de esta maravilla cantando: “Oh Señor, nuestro Dios, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!” (Sal 8, 2). A lo largo de toda la historia de la salvación, el Espíritu desciende sobre patriarcas y profetas, reuniendo al Pueblo elegido en torno a la Promesa y a las “diez Palabras” de la Alianza. El profeta Isaías se hace eco de esta historia santa: “¡Qué hermosos son sobre las montañas los pasos del que trae la buena noticia!” (Is 52, 7).

En la casa de Nazareth, el Espíritu cubre a la Virgen con su sombra para que dé a luz al Mesías. María adhiere con todo su ser: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). Ella acompaña al Verbo encarnado en el curso de su vida terrena; camina con Él en la fe, a menudo sin comprender, sin dejar nunca de otorgar el asentimiento sin condiciones y sin límites que había dado de una vez para siempre al Ángel de la Anunciación.



Bajo la cruz está de pie, en silencio, aceptando sin comprender la muerte de su Hijo, asistiendo dolorosamente a la muerte de la Palabra de vida



que había dado a luz.



El Espíritu la tiene en este sí “nupcial” que desposa el destino del Cordero inmolado. La Virgen de los dolores es la Esposa del Cordero. En ella y por ella, toda la Iglesia es asociada al sacrificio del Redentor. En ella y por ella, en la unidad del Espíritu, toda la Iglesia es bautizada en la muerte de Cristo y participa en su resurrección.

Estamos aquí con ella en el cenáculo, nosotros, sacerdotes de la Nueva Alianza, nacidos de su maternidad espiritual y animados por la fe en la victoria de la Palabra sobre la muerte y el infierno. Estamos aquí para implorar con un solo corazón la venida del Reino de Dios, la revelación de los hijos de Dios y la glorificación de todas las cosas en Dios (*cfr.* Rm 8, 19).



Nuestra santidad sacerdotal en y con Cristo está envuelta en la unidad de la Madre y del Hijo, en la unión indisoluble del Cordero inmolado y de la Esposa del Cordero. No olvidemos que la sangre redentora del Sumo Sacerdote proviene del seno inmaculado de María que le ha dado vida y que se ofrece con Él. Esta sangre purísima nos purifica, esta sangre de Cristo “que por obra del Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios” (Heb 9, 14).



“Todas las buenas obras juntas – escribe el Cura de Ars – no son comparables al Sacrificio de la Misa, porque son obras de hombres, mientras la Santa Misa es obra de Dios. El martirio no es nada en comparación: es el sacrificio que el hombre hace de su vida

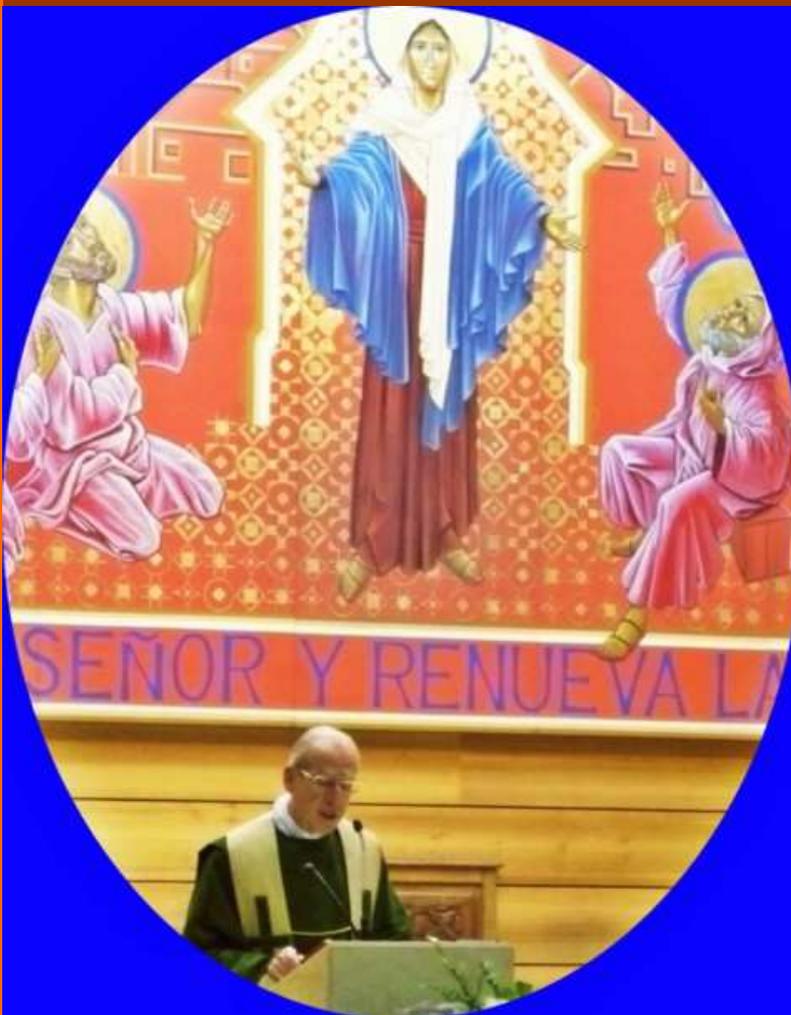
a Dios; pero la Misa es el Sacrificio que Dios ofrece al hombre de Su Cuerpo y de Su Sangre”

La grandeza y la santidad del sacerdote derivan de esta obra divina. Nosotros no ofrecemos a Dios una obra humana; nosotros ofrecemos Dios a Dios. “¿Cómo puede ser esto?”, podríamos preguntar con María, haciéndonos eco de la pregunta que ella hizo al Ángel. “Nada es imposible para Dios” (Lc 1, 37) fue la respuesta dada a la Virgen con el



signo tangible de la fecundidad de Isabel. Recibamos y hagamos nuestra esta respuesta, con María, para que “no vivamos ya para nosotros mismos sino para Él, que por nosotros murió y resucitó” (Plegaria Eucarística IV). “Nada es imposible para Dios”. El Evangelio nos dice en otro punto: “Todo es posible para el que cree” (Mc. 9, 23).

“Los sacerdotes están en una relación de especial alianza con la santísima Madre de Dios – escribe San Juan Eudes –. Así como el eterno

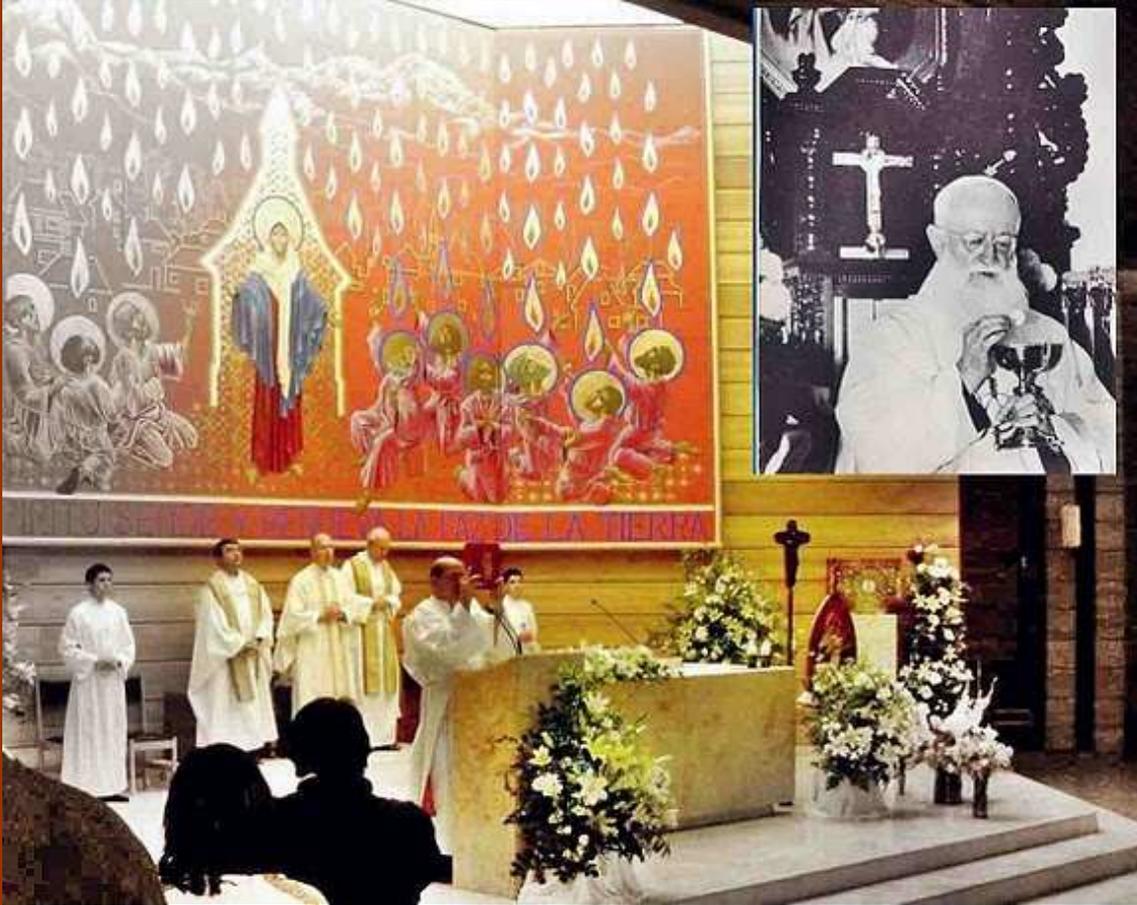


Padre la ha hecho partícipe de su divina paternidad, del mismo modo dona a los sacerdotes formar a este mismo Jesús en la santa Eucaristía y en el corazón de los fieles. Así como el Hijo la ha hecho cooperadora en la obra de la redención del mundo, así los sacerdotes son sus cooperadores en la obra de la salvación

de las almas. Así como el Espíritu Santo la ha asociado en aquella obra maestra que es el misterio de la Encarnación, así se asocia a los sacerdotes para una continuación de este misterio en cada cristiano



mediante el bautismo...”.



**Virgen María, *Mater misericordiae, vita, dulcedo et spes nostra, salve!***  
En tu santa compañía, Madre de misericordia, nosotros bebemos de la fuente del amor. Nuestros corazones sedientos y nuestras almas inquietas tienen acceso, a través de ti, a la habitación nupcial de la Nueva Alianza. “He aquí que los sacerdotes, al poseer una alianza tan estrecha y una conformidad tan maravillosa con la Madre del supremo Sacerdote – añade San Juan Eudes –, tienen vínculos especialísimos de amor hacia ella, de honrarla y de revestirse de sus virtudes y sus disposiciones. Entrad en el deseo de tender a esto con todo vuestro corazón. Ofrecéos a ella y pedidle que os ayude con fuerza”.



# Epíclesis sobre el mundo



**“Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de beber», tú misma se lo hubieras pedido, y él te habría dado agua viva” (Jn. 4, 10). El Espíritu del Señor es un agua viva, un soplo vital, pero es también un fuerte viento que sacude la casa, una alegre paloma portadora de paz, un fuego que arde, una luz que rompe las tinieblas, una energía creadora que cubre con su sombra a la Iglesia.**



De un extremo al otro de las Sagradas Escrituras, el Dios de la Alianza se revela como un Esposo que quiere donar todo y donarse a sí mismo, a pesar de los límites y los errores de la humanidad pecadora, su Esposa. El Dios celoso y humillado no se cansa de buscar a la esposa vagabunda e idólatra hasta el día bendito de las bodas del Cordero. Es por eso que la esperanza del don de Dios nunca falla: “El Espíritu y la Esposa dicen: « ¡Ven!», y el que escucha debe decir: « ¡Ven!». Que venga el que tiene sed, y el que quiera, que beba gratuitamente del agua de la vida” (Ap 22, 17).

Sí, Padre, nosotros te damos gracias porque Tú ya derramas tu agua viva sobre la tierra en el corazón de los más pobres entre los pobres, gracias a la incansable dedicación de todas estas almas consagradas que hacen de su existencia un sacramento de tu amor gratuito.

Oh, Padre de todas las gracias, por la luz inaccesible en la que habitas y en la que somos introducidos por el Espíritu, con Jesús y María, nosotros te pedimos consumirnos en la unidad consagrándonos en la verdad.

Infunde tu Espíritu Santo sobre nosotros y sobre toda carne, el Espíritu de verdad que regenera la fe, el Espíritu de libertad que resucita la esperanza, el Espíritu de amor que hace a la Iglesia santa, creíble, atrayente y misionera.

¡Venga tu Reino! Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Tu voluntad salvífica realizada en tu Hijo crucificado y glorificado se realice también en nosotros, sacerdotes de la Nueva Alianza, y en las almas confiadas a nuestro ministerio.

“Con el Espíritu Santo – escribe san Basilio el Grande – llega nuestra



readmisión al Paraíso, el retorno a la condición de hijos, la audacia de llamar a Dios Padre, el llegar a ser partícipes de la gracia de Cristo, el ser llamados hijos de la luz, el compartir la gloria eterna”.

“Si, por lo tanto, queréis vivir del Espíritu Santo – escribe san Agustín –, conservad la caridad, amad la verdad, desead la unidad, y alcanzaréis la eternidad”.

Nosotros, pobres pecadores, llevamos dentro las heridas de la

humanidad desgarrada por los crímenes, por las guerras y por las tragedias. Nosotros confesamos los pecados del mundo en su crudeza y en su miseria con Jesús crucificado, convencidos de que la gracia y la verdad hacen libres.



Nosotros confesamos los pecados en la Iglesia, sobre todo aquellos que son motivo de escándalo y de alejamiento de los fieles y de aquellos que no creen.

Por encima de todo, nosotros confesamos, Señor, tu Amor y tu Misericordia que se irradia desde tu corazón eucarístico y por la absolución de los pecados que nosotros damos a los fieles.

El Santo Padre nos los ha recordado abundantemente en todo el desarrollo de este Año Sacerdotal:

“Queridos sacerdotes, ¡qué extraordinario ministerio nos ha confiado el Señor! Como en la celebración eucarística él se pone en manos del



sacerdote para seguir estando presente en medio de su pueblo, de forma análoga en el sacramento de la Reconciliación se confía al sacerdote para que los hombres experimenten el abrazo con el que el

padre acoge al hijo pródigo, restituyéndole la dignidad filial y la herencia (cf. *Lc 15, 11-32*)". (*Discurso a los participantes en un curso sobre fuero interno, 10 de marzo de 2010*).

San Juan María Vianney nos lo repite a su manera:

"El buen Dios lo sabe todo. Antes incluso de que se lo confeséis, sabe ya que pecaréis nuevamente y sin embargo os perdona. ¡Qué grande es el amor de nuestro Dios que le lleva incluso a olvidar voluntariamente el futuro, con tal de perdonarnos!"

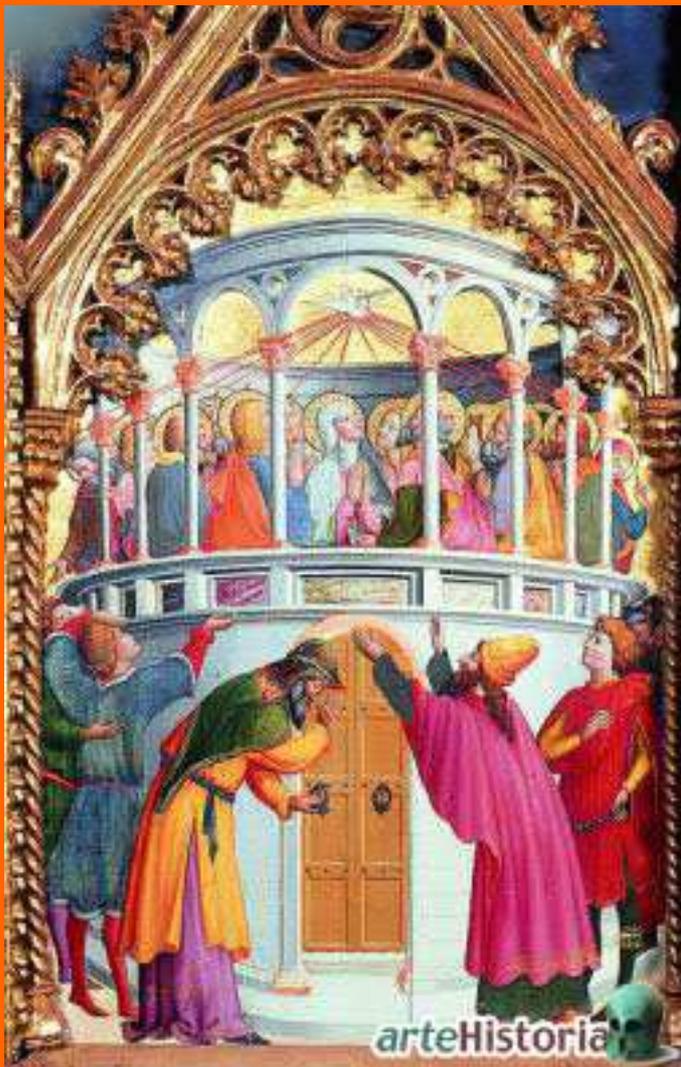
En el altar del Sacrificio, en unión con María, ofrecemos a Cristo al Padre y nos ofrecemos nosotros mismos con Él. Somos conscientes, queridos amigos, de que al celebrar la Eucaristía no realizamos una obra humana sino que ofrecemos Dios a Dios. *¿Cómo puede ser esto?*, se podría objetar. Es posible mediante la fe, ya que la fe nos da a Dios. La fe nos da también a Dios. De alguna manera, nosotros disponemos de Dios como



Él dispone de nosotros. Aquel que los filósofos designan como el Totalmente Otro y el Inaccesible por excelencia ha querido nacer y vivir entre nosotros, hombre entre los hombres, en virtud de una Sabiduría que es escándalo para los judíos y locura para los paganos (*cfr.* 1 Cor 1, 23). En su divina compañía, nos asemejamos a veces a niños despreocupados y rebeldes que se acercan a tesoros, prontos a derrocharlos como si nada fuese.



¡Qué abismo es el misterio del sacerdocio! ¡Qué maravillas el sacerdocio común de los bautizados y el sacerdocio ministerial! Estos misterios sacramentales remiten finalmente al misterio del Dios uno y trino. La ofrenda sacrificial de Cristo redentor es, en el fondo, la eterna Eucaristía del Hijo que responde al Amor del Padre en nombre de toda la creación. Nosotros estamos asociados a este misterio por el Espíritu de nuestro bautismo que nos hace partícipes de la naturaleza divina (2 Pe. 1, 4). El Espíritu hace que los bautizados vivan de la filiación divina y que los



sacerdotes resplandezcan por la paternidad divina; los dos se unen en una común epiclesis que irradia sobre el mundo la alegría del Espíritu. “Para que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn. 17, 21).

Reunidos en el Cenáculo, invocando al Espíritu Santo con María, en comunión fraterna, oramos por la unidad de la Iglesia. El

escándalo permanente de la división de los cristianos, las recurrentes tensiones entre clérigos, laicos y religiosos, la laboriosa armonización de los carismas, la urgencia de una nueva evangelización, todas estas realidades piden sobre la iglesia y sobre el mundo un nuevo Pentecostés.

Un nuevo Pentecostés, en primer lugar, sobre los obispos y sus sacerdotes para que el Espíritu de santidad recibido con la ordenación produzca en ellos nuevos frutos, en el espíritu auténtico del Concilio Vaticano II. El decreto *Presbyterorum Ordinis* ha definido la santidad sacerdotal partiendo de la caridad pastoral y de las exigencias de unidad



### **del *presbyterium*:**

**“La caridad pastoral exige que los presbíteros, para no correr en vano, trabajen siempre en vínculo de unión con los obispos y con otros hermanos en el sacerdocio. Obrando así hallarán los presbíteros la unidad de la propia vida en la misma unidad de la misión de la Iglesia, y de esta suerte se unirán con su Señor, y por El con el Padre, en el Espíritu Santo, a fin de llenarse de consuelo y de rebosar de gozo” (PO 14).**

**Actualmente, como en los orígenes de la Iglesia, los desafíos de la evangelización están acompañados por la prueba de las persecuciones. Recordemos que la credibilidad de los discípulos de Cristo se mide en el amor recíproco que les permite convencer al mundo (cfr. Jn. 13, 35; Jn. 16, 8). “Más aún – dice san Pablo a los Romanos –, nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza. Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (Rom. 5, 3-5).**

## **Acción de gracias Trinitaria**

**Queridos amigos, demos gracias a Dios por el don insigne del sacerdocio de la Nueva Alianza. Desde el momento en que somos asociados al sacrificio del Cordero inmolado, nosotros entramos en contacto con la plenitud de la fe que abre los misterios de la vida eterna. Junto con María dejémonos llevar por el Espíritu con el coro de los ángeles en la alabanza de la gloria del Dios tres veces santo. “Que Él nos transforme**



en ofrenda permanente” (Plegaria Eucarística III).

“Te amo, Oh infinitamente amoroso Dios, y prefiero morir amándote que vivir un instante sin Ti”. San Juan María Vianney, patrono de todos los sacerdotes, nos guíe en el seguimiento de Cristo por el camino de la intimidad con el Padre en el gozo del Espíritu Santo, nos conserve en la alegría del servicio de Dios.

Siguiendo su ejemplo, amemos a Dios con todo nuestro corazón en la unidad del Espíritu Santo y amemos también a la Iglesia que es su morada en la tierra:

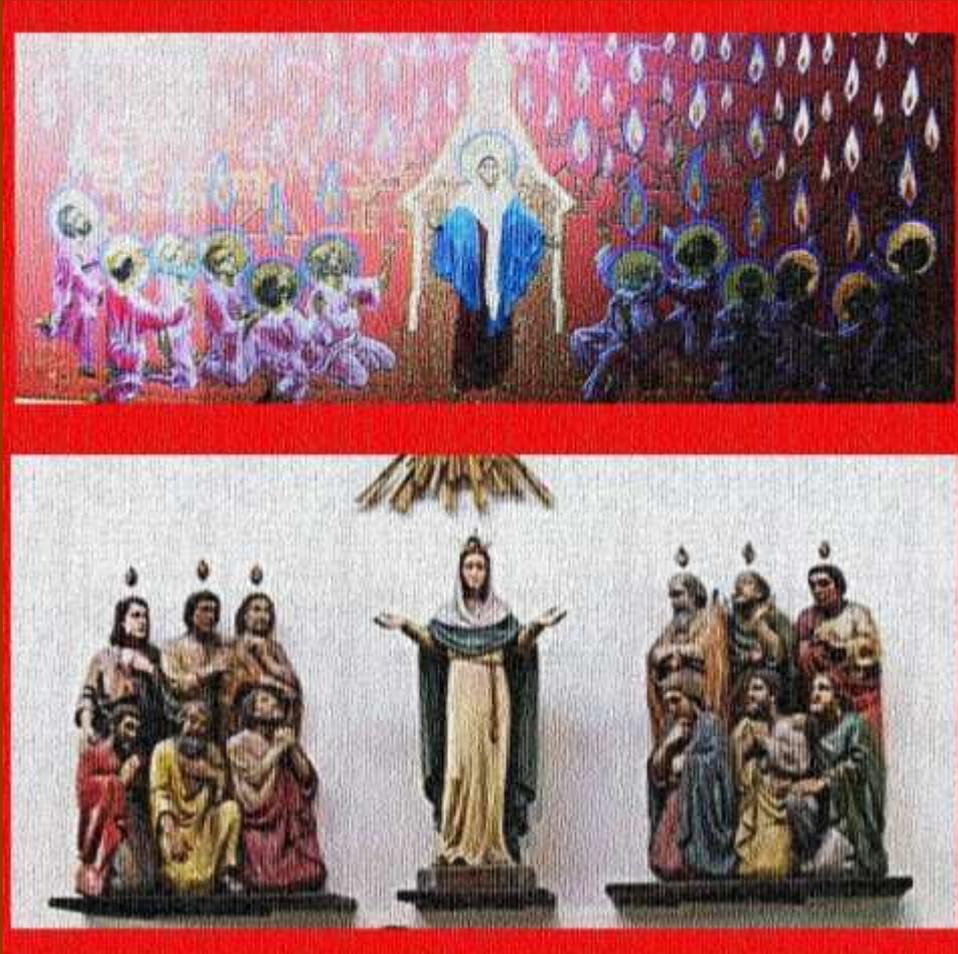


“Recibimos también nosotros – escribe san Agustín – el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, si somos compañeros en la caridad, si nos alegramos de poseer el nombre de católico y la fe católica. Creedlo, hermanos: en la medida en que uno ama a la Iglesia, posee el Espíritu Santo”.

El Siervo de Dios Juan Pablo II resumía en dos palabras su existencia sacerdotal en el seguimiento de Cristo: *Don y Misterio*. Don de Dios, Misterio de comunión. Sus grandes brazos abiertos para abrazar al mundo entero permanecen grabados en nuestra memoria. Son para nosotros el ícono de Cristo, Sacerdote y Pastor, remitiendo sin cesar nuestro espíritu



a lo esencial, el Cenáculo, donde los Apóstoles con María esperan y reciben el Espíritu Santo, en la alegría y en la alabanza, en nombre de la



humanidad entera. ¡Amén!

\*\*\*

Fuente: Annus Sacerdotalis

Traducción: La Buhardilla de Jerónimo\*



## Audiencia General Papa Benedicto XVI

CIUDAD DEL VATICANO,  
miércoles 23 de junio de 2010

# *Enamorémonos De Este Sacramento (La Eucaristía)*

En la tercera parte de la *Summa*, santo Tomás estudia el Misterio de Cristo – el camino y la verdad – por medio del cual podemos volver a unirnos a Dios Padre. En esta sección escribe páginas hasta ahora no superadas sobre el Misterio de la Encarnación y de la Pasión de Jesús, añadiendo después un amplio tratado sobre los siete Sacramentos, porque en ellos el Verbo divino encarnado extiende los beneficios de la Encarnación para nuestra salvación, para nuestro camino de fe hacia Dios y la vida eterna, permanece materialmente casi presente con las realidades de la creación, nos toca así en lo más íntimo.

Hablando de los Sacramentos, santo Tomás se detiene de modo particular en el Misterio de la Eucaristía, por el que tuvo una grandísima devoción, hasta el punto de que, según sus antiguos biógrafos, acostumbraba a acercar su cabeza al Tabernáculo, como para oír



palpitar el  
Corazón divino  
y humano de  
Jesús. En una  
obra suya de



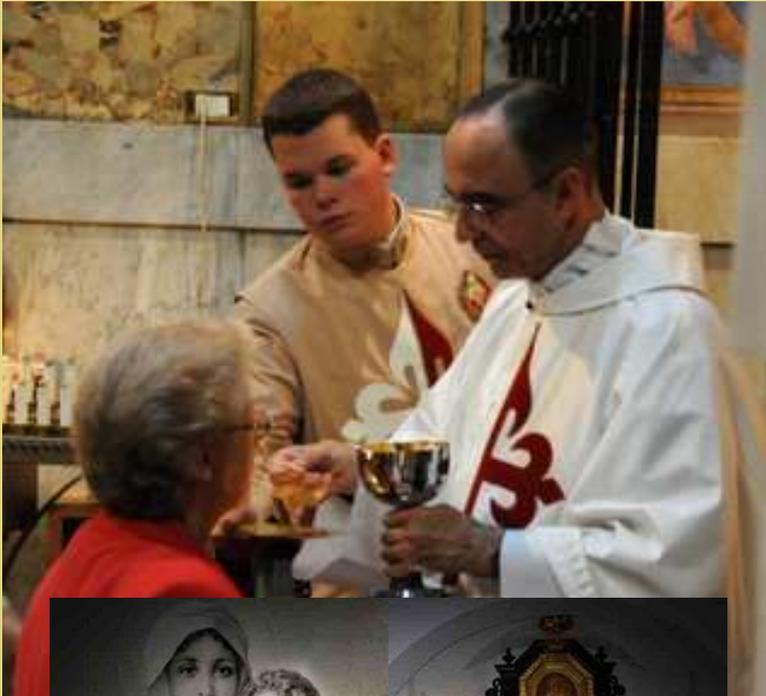
comentario a la Escritura, santo Tomás nos ayuda a entender la excelencia del Sacramento de la Eucaristía, cuando escribe: "Siendo la Eucaristía el sacramento de la Pasión de nuestro Señor, contiene en sí a Jesucristo que sufrió por nosotros.

Por tanto, todo lo que es efecto de la Pasión de nuestro Señor, es también efecto de este sacramento, no siendo este otra cosa que la aplicación en nosotros de la Pasión del Señor" (*In Ioannem*, c.6, lect. 6, n. 963). Comprendemos bien por qué santo Tomás y otros santos celebraban la Santa Misa derramando lágrimas de compasión por el Señor, que se ofrece en sacrificio por nosotros, lágrimas de alegría y gratitud.

*Queridos hermanos y hermanas, en la escuela de los santos, ¡enamórenos de este Sacramento! ¡Participemos en la Santa Misa con recogimiento, para obtener sus*

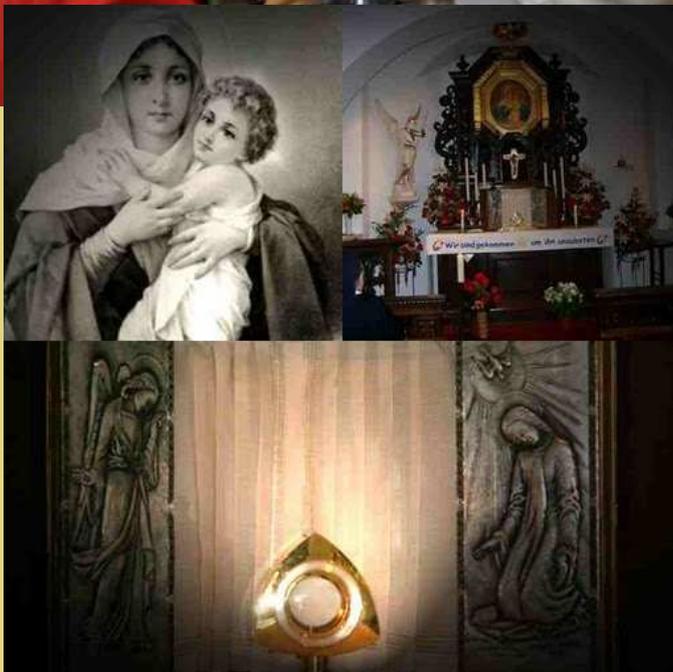


*frutos espirituales, alimentémonos del  
Cuerpo y la Sangre del Señor, para ser  
incesantemente alimentados por la Gracia  
divina! ¡Entretengámonos de buen grado y  
con frecuencia, de tu a tu, en compañía del  
Santísimo  
Sacramento!*



**Hoy en la Audiencia  
General**

CIUDAD DEL  
VATICANO, miércoles  
23 de junio del 2010





# El espíritu de la liturgia

*El sacerdote en la "Praeparatio" y en la Acción de Gracias de la Santa Misa*



Columna de teología litúrgica dirigida por Mauro Gagliardi

ROMA, viernes 18 de junio de 2010 ([ZENIT.org](http://ZENIT.org)).- El padre Paul Gunter, profesor del Pontificio Instituto Litúrgico de Roma y Consultor de la Oficina de las Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice, nos ofrece en este artículo una detallada descripción de las oraciones que el sacerdote puede utilizar encomiablemente para prepararse a la celebración de la Santa Misa, y para hacer la acción de gracias después de ella. Estas oraciones se encuentran, con diversa extensión, en los dos misales de las dos formas del Rito Romano. El artículo pone de manifiesto la importancia de una buena preparación a la celebración y del debido agradecimiento posterior, sea en base al vínculo entre el ejemplo de Cristo y la vida del sacerdote, que por los efectos benéficos que esta costumbre produce también en los fieles que participan en la liturgia



*(Mauro Gagliardi).*

*Por Paul Gunter, OSB*

## 1. La oración íntima y personal de Jesús



Para el sacerdote, dar fruto en la vida y en el ministerio depende de la unión con Dios, unión que está en la base también del hecho de que los fieles se dirijan a él para que rece por ellos. Jesucristo confió a aquellos que le seguían más de cerca una palabra que aclara el sentido de todo el bien que habrían hecho:

“Yo soy la vid, vosotros los sarmientos El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, no podéis hacer nada” (Jn 15,5). El mismo Señor Jesús, en el contexto de los muchos milagros realizados por él, estableció un tiempo para estar solo, para dedicar a la oración a su Padre celestial. Para Jesús, la oración oficial de la liturgia era soportada por una vida interior, en la cual la reserva apoyaba esa intimidad que nutre la oración personal. Las dimensiones eclesial y comunitaria se refuerzan por una relación personal similar con Dios, que cada fiel espera poder profundizar.

La búsqueda de Dios, que da significado a la vida de los que lo aman,



sirve de recuerdo cotidiano del hecho de que toda bendición proviene y al mismo tiempo dirige hacia el Dios omnipotente. La Sagrada Escritura describe de forma vívida el alimento que Jesús tomaba de su vida de oración escondida: “él se retiraba a lugares desiertos para orar” (Lc 5,16). Del mismo modo, notamos la importancia de los distintos momentos del día, por el hecho de que Jesús se muestra particularmente atento al silencio de la oración, en la que busca la voluntad del Padre. Momentos similares animan un especial recogimiento y una cercanía ininterrumpida: “Por la mañana se alzó cuando aún estaba oscuro y, tras salir de casa, se retiró a un lugar desierto y allí rezaba” (Mc 1,35); “Después, subió a la montaña para orar a solas. Y al atardecer, todavía estaba allí, solo” (Mt 14,23).

## 2. La oración íntima y personal del sacerdote

El sacerdote, consciente de participar en la obra de Cristo, se esfuerza por seguir su ejemplo, por guiar el santo pueblo de Dios al Padre, a través de Cristo en el Espíritu Santo. Él sabe muy bien que, dado que sus defectos dañan la credibilidad de su testimonio, debe pedir con no menor urgencia a Dios que infunda en él las virtudes propias de su estado. Parte de la homilía propuesta en el rito de ordenación del presbítero instruye a aquel que va a ser ordenado de esta forma: “Así continuarás la obra de santificación de Cristo. A través de tu ministerio, el sacrificio espiritual de los fieles se hace perfecto, porque está unido al sacrificio de Cristo, es ofrecido a través de sus manos en el nombre de la Iglesia de forma incruenta sobre el altar, en la celebración de los sagrados misterios. Reconoce lo que haces, imita a aquel que tocas, para que celebrando el misterio de la muerte y resurrección del Señor, puedas mortificar en ti mismo todos los vicios y prepararte a caminar en una vida nueva” [\[1\]](#).

Se ve, por ello, que el motivo de una particular preparación del sacerdote antes de la Misa y el agradecimiento después de ella reside en el beneficio para la Iglesia entera, porque el sacerdote que santifica al pueblo cristiano necesita él en primer lugar ser colmado por el espíritu de santidad. Siempre es de ayuda al sacerdote haber tomado un



**momento para considerar los textos que rezará durante la Misa, sea en el día en el que participará la asamblea, sea cuando falta esta. Oportunas reflexiones previas sobre los textos pueden estimular un deseo más profundo de Dios. La preparación textual constituye una preparación litúrgica coherente para la Santa Misa, no en último término porque está basada en la Sagrada Escritura. Un sacerdote que cultiva el silencio personal en el tiempo que precede y que sigue a la Santa Misa, con su misma disposición animará el espíritu de meditación.**



**Un sacerdote en atención pastoral podría tener que luchar para establecer el silencio deseable en toda sacristía, especialmente si se presenta la necesidad de tener que recibir en ella a los fieles. Pero precisamente para él en particular, los textos de preparación antes de la Misa y de agradecimiento después de ésta pueden ser rezados en cualquier momento. Éstos reconocen también las limitaciones de tiempo y por ello se presentan como un apoyo espiritual más que como una imposición de obligación sobre el sacerdote que intenta celebrar la Misa del modo más reverente posible. Debe señalarse que la ligera categoría [blanda rubrica] que se encuentra bajo los títulos de la *Praeparatio ad***



*Missam* y de la *Gratiarum Actio* en el Misal de 1962 reconoce estas exigencias concretas del sacerdote [2]. Ningún acto de amor, por definición, es apresurado. Habiendo ofrecido el supremo sacrificio del amor de Cristo, es de esperar que un sacerdote sea movido a hacer lo que sea posible para encontrar un tiempo, aunque sea breve, para una acción de gracias después de la Misa. Y se sentirá reforzado por haberlo hecho.

La preparación de un sacerdote para la Misa será ulteriormente apoyada por el ciclo de la Liturgia de las Horas, que enriquece la vida de todo sacerdote. La antigua sabiduría del *Ritus Servandus in Celebratione Missae*, que se encuentra aún en la primera parte del Misal de 1962, presume la importancia intrínseca del Oficio Divino para la vida interior del presbítero. Ésta establecía que los Maitines (actual Oficio de Lectura, n.d.t.) y los Laudes debían haberse completado antes de la celebración. También debe decirse que el contexto de esa prescripción secular no podía tener presente la Misa de la tarde [3].

Dado que la Misa se celebra actualmente en cualquier hora del día litúrgico, ya no se aplica esta norma de modo restrictivo, sin embargo los *Principios y Normas para la Liturgia de las Horas* explican atentamente la conexión entre la celebración de la Eucaristía y la Liturgia de las Horas: “Cristo ha mandado: 'Hay que rezar siempre sin descanso' (Lc 18,1). Por ello la Iglesia, obedeciendo fielmente a este mandato, no cesa nunca de elevar oraciones y nos exhorta con estas palabras: 'Por medio de él (Jesús) ofrecemos continuamente un sacrificio de alabanza a Dios' (Hb 13,15). A este precepto la Iglesia responde no solo celebrando la Eucaristía, sino también de otras formas, y especialmente con la Liturgia de las Horas, la cual, entre las demás acciones litúrgicas, tiene como característica, por antigua tradición cristiana, santificar todo el transcurso del día y de la noche” [4].

### 3. La *Praeparatio ad Missam*

3.1. La comparación de los textos ofrecidos para la *Praeparatio* muestran que las mismas oraciones están incluidas en las dos formas del Rito Romano, aunque hayan sido reducidas a cuatro en el *Missale Romanum* de 1970. En este, encontramos la oración *Ad Mensam* de san Ambrosio;



la *Omnipotens sempiterne Deus, ecce accedo* de santo Tomás de Aquino; una oración a la Beata Virgen María, *O Mater pietatis et misericordiae*; y la Fórmula de Intención *Ego volo celebrare Missam* [5]. A raíz de una primera reforma de las indulgencias hecha después del Concilio Vaticano II y publicada en el *Enchiridion de las Indulgencias* de 1968, no se mencionan las indulgencias que fueron unidas a la recitación de estas oraciones por Pío IX, cuyos detalles habían sido publicados en el Misal de 1962.

3.2. Amplios textos adornan ese Misal, La antifona *Ne reminiscaris* pide a Dios que sea misericordioso a pesar de nuestros pecados y de los de aquellos que nos han precedido. Esta va seguida por los salmos 83, 84, 85, 115 y 129. El *Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison* y el *Pater noster*, cuyas dos últimas líneas forman el inicio de una serie de versículos, son seguidos por un número de colectas breves. En algunos manuales devocionales estas siete colectas se atribuyeron a san Ambrosio y asignadas a los diversos días de la semana. Sea como sea, por como están colocadas en el Misal, se considera que deben decirse sucesivamente bajo una única conclusión. Todas, excepto la séptima, se concentran sobre la obra de santificación del Espíritu Santo. La séptima colecta es seguida por una doxología más larga que concluye la serie. La primera colecta reza para que el Espíritu Santo resplandezca en nuestros corazones, para que podamos celebrar dignamente los santos misterios. La segunda pide que podamos amar a Dios perfectamente y alabarlo dignamente. La tercera, que podamos servir a Dios en la castidad y pureza de espíritu, mientras que la cuarta implora al Paráclito que ilumine nuestras mentes. La quinta pide la fuerza del Espíritu Santo para expulsar las fuerzas del enemigo. La sexta colecta pide la sabiduría y la consolación, y la última pide a Dios que nos purifique y que haga de nosotros el lugar de su morada.

3.3. La extensa *Oratio Sacerdotis ante Missam* está dividida en el Misal en siete partes, una por cada día de la semana, y forma una meditación orante sobre la imitación de las virtudes de Cristo, Sumo Sacerdote. Su significado es tan confortante como exigente. La relevancia de sus diversos temas es adecuada a su estilo literario, que es insistente e íntimo. El domingo, el sacerdote pide al Espíritu Santo que le enseñe a tratar los santos misterios con reverencia, honor, devoción e íntimo



temor. El lunes, se concentra sobre su necesidad de castidad perfecta, mientras que el martes, el sacerdote reconoce su propia indignidad al celebrar la Misa y, mientras proclama su fe en que Dios puede suplir cuanto le falta, pide percibir su presencia mientras celebra y también ser rodeado por los ángeles. El miércoles sale a la luz el elenco de las necesidades sociales de las personas por las cuales Cristo derramó su Sangre. El jueves, el sacerdote, mientras mendiga la misericordia divina, recuerda cómo la providencia socorre la fragilidad humana: “Tu amas todo lo que existe, y no desprecias nada de cuanto has hecho” [6]. El viernes, el sacerdote reza especialmente por los difuntos y el sábado reflexiona sobre el gran don del Santísimo Sacramento y suplica que éste le pueda conducir a ver a Dios cara a cara.

3.4. El *Ad Mensam* de san Ambrosio pide que el Cuerpo y la Sangre de Cristo puedan perdonar al sacerdote sus pecados y protegerlo de sus enemigos. La Oración de santo Tomás de Aquino, en cambio, pide que el poder curador del Santísimo Sacramento pueda preparar al sacerdote a la visión eterna de Dios. En la Oración a la Beata Virgen María, el sacerdote reza no sólo por sí mismo, sino por todos sus hermanos que celebran la Misa ese día en todo el mundo. Siguen oraciones a san José, a todos los ángeles y santos y finalmente una oración al santo en honor del cual será celebrada la Misa. La Fórmula de Intención recuerda al sacerdote la intención de la Iglesia respecto a la celebración de la Misa, así como su papel dentro de la misma. El sacerdote no opera solo. Lo que él realiza ha sido entregado por Cristo a su Iglesia, confirmado por el Magisterio y apoyado por la Tradición. El sacerdote hace presente el Cuerpo y Sangre de Cristo. Él sigue el rito de la santa Iglesia católica. Su objetivo es el de alabar a Dios y a la Iglesia celeste, mientras reza por la terrena, y en particular por todos aquellos que se han encomendado a sus oraciones, como también por el bienestar de toda la Iglesia católica. Después, al rezar por todos los fieles, el sacerdote pide que el Señor le conceda a él y a todos alegría con paz, cambio de vida, un espacio de verdadera penitencia, la gracia y el consuelo del Espíritu Santo y la perseverancia en las buenas obras.



## 4. La *Gratiarum Actio post Missam*

4.1. El cuerpo de textos que forma el agradecimiento tras la Misa muestra amor, humildad y fe que se exaltan en el don sublime de la Santísima Eucaristía. El *Missale Romanum* de 2002 contiene la Oración Universal atribuida al papa Clemente XI y el Ave María. Además, en común con el Misal de 1962, contiene la Oración de santo Tomás de Aquino; las Aspiraciones al Santísimo Redentor o *Anima Christi*; la Ofrenda de sí o *Suscipe*; la Oración ante Nuestro Señor Jesucristo crucificado e *En Ego*; y la Oración a la Beata Virgen María. A estos textos en el Misal de 1962 se anexaban las indulgencias de los papas Pío X, XI y XII, mientras que algunos textos del *Missale Romanum* de 2002 han sido incluidos también en el *Enchiridion de las Indulgencias*.

4.2. En el Misal de 1962, una antífona precede al *Benedicite* (cf. Dn 3,56-58) y al Salmo 150. Observando la misma estructura de la Preparación a la Misa, el *Kyrie eleison* y algunos versículos abren el camino a algunas colectas. La primera de ellas reza para que, como los tres jóvenes fueron sacados ilesos de las llamas, así puedan los siervos del Señor evitar las heridas del pecado. La segunda colecta pide que las obras buenas que Dios ha comenzado en sus siervos puedan llegar a su cumplimiento, mientras que la tercera, que tiene un tema semejante a la primera, es una oración a san Lorenzo, diácono y mártir, a quien se halló vencedor en el sufrimiento. Las devociones que el sacerdote puede recitar *pro opportunitate* poseen expresiones semejantes a las peticiones de protección en nuestro viaje hacia el cielo. Tras la oración de santo Tomás hay otra (*alia oratio*) y el himno métrico *Adoro Te*, sigue la amada oración del *Anima Christi*. El *Suscipe* y el *En Ego* preceden a otra oración que pide que la Pasión de Cristo sea la fuerza del sacerdote, su defensa y gloria eterna. Antes de las oraciones a san José y al santo en honor del cual se ha celebrado la Misa, la Oración a la Beata Virgen María ofrece a Jesús, que ha sido recibido en la Santísima Eucaristía, a la Virgen Madre, para que Ella pueda volver a ofrecerlo en el supremo acto de adoración (*latreia*), o culto perfecto, a la Santísima Trinidad.

## 5. Conclusión

El *Ordenamiento General del Misal Romano* establece: “Es por ello de



suma importancia que la celebración de la Misa, o Cena del Señor, esté ordenada de tal forma que los sagrados ministros y los fieles, participando en ella cada uno según su propio orden y grado, traigan abundancia de los frutos por los que Cristo instituyó el Sacrificio eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre y lo ha confiado, como memorial de su Pasión y resurrección, a la Iglesia, su amadísima esposa” [7]. La preparación del sacerdote a la Misa y al acto de acción de gracias sucesivo se completan mutuamente. Estos nutren la reverencia en los corazones y en las mentes de los fieles que son ayudados a participar con mayor intensidad en la liturgia celebrada por un sacerdote que se ha beneficiado de la oportunidad de recogimiento. Lo que anima la preparación previa promueve también la acción de gracias sucesiva a la Misa. Ambas guían continuamente a la Iglesia hacia y desde el Sacrificio eucarístico que celebra y hace presente los frutos del misterio pascual hasta que Cristo vuelva en el fin de los tiempos

[ Traducción del inglés por Mauro Gagliardi, del italiano por Inma Álvarez]

#### Notas

- 1) *Pontificale Romanum*, “De Ordinatione Episcopi, Presbyterorum et Diaconorum”, cap. 2, n. 151: *Munere item sanctificandi in Christo fungéris. Ministéριο enim tuo sacrificium spirituále fidélium perficiétur, Christi sacrificio coniúntum, quod una cum iis per manus tuas super altáre incruénter in celebratióne mysteriórum offerétur. Agnósce ergo quod agis, imitáre quod tracta, quátenus mortis et resurrecciónis Dómini mystérium célebrans, membra tua a vítiis ómnibus mortificáre et in novitáte vitæ ambuláre stúdeas.*
- 2) La expresión *Praeparatio ad Missam* impresa en negro está seguida por otra: *pro opportunitate sacerdotis facienda* escrita en rojo, lo que califica los textos como recursos facultativos que el sacerdote puede usar según las circunstancias.
- 3) *Sacerdos celebraturus Missam [...] saltem Matutino cum Laudibus absoluto.*



4) *Institutio Generalis de Liturgia Horarum*, cap. 1, n. 10.

5) *Missale Romanum, editio typica tertia* 2002, nn. 1289-1291.

6) Sb 11,24 forma el introito del Miércoles de Ceniza, tanto en la forma ordinaria como en la extraordinaria del Rito Romano.

7) *Institutio Generalis Missalis Romani*, 2002, n. 17.





## ***Benedicto XVI: ser sacerdote es conformarse a Cristo***

### **Homilía durante la ordenación de 14 nuevos presbíteros**



CIUDAD DEL VATICANO, domingo 20 de junio de 2010 (ZENIT.org).- Ofrecemos a continuación la homilía pronunciada hoy por el Papa Benedicto XVI con motivo de la Santa Misa celebrada hoy en la Basílica de San Pedro, en la que han sido ordenados 14 nuevos presbíteros de la diócesis de Roma.

\* \* \* \* \*

Queridos hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio,



Queridísimos ordenandos,

Queridos hermanos y hermanas

Como obispo de esta diócesis estoy particularmente contento de acoger en el *presbyterium* romano a catorce nuevos sacerdotes. Junto con el cardenal vicario, los obispos auxiliares y todos los presentes, doy las gracias al Señor por el don de estos nuevos pastores del Pueblo de Dios. Quisiera dirigiros un saludo particular a vosotros, queridísimos ordenandos: hoy estáis en el centro de la atención del Pueblo de Dios, un pueblo simbólicamente representado por la gente que llena esta Basílica Vaticana: la llena de oración y de cantos, de afecto sincero y profundo, de conmoción auténtica, de alegría humana y espiritual. En este Pueblo de Dios tienen un lugar particular vuestros padres y familiares, los amigos y compañeros, los superiores y educadores del Seminario, las distintas comunidades parroquiales y las diferentes realidades de la Iglesia de las que procedéis y que os han acompañado en vuestro camino, y a las que vosotros mismos ya habéis servido pastoralmente. Sin olvidar la singular cercanía, en este momento, de tantísimas personas, humildes y sencillas pero grandes ante Dios, como por ejemplo las monjas de clausura, los niños, los enfermos. Ellos os acompañan con el don preciosísimo de su oración, de su inocencia y de su sufrimiento.

Es, por tanto, toda la Iglesia de Roma la que hoy da gracias a Dios y reza por vosotros, que pone tanta confianza y esperanza en vuestro mañana, que espera frutos abundantes de santidad y de bien del ministerio sacerdotal. Sí, la Iglesia cuenta con vosotros, ¡cuenta muchísimo con vosotros! La Iglesia os necesita a cada uno de vosotros, consciente como es de los dones que Dios os ofrece y, al mismo tiempo, de la absoluta necesidad del corazón de cada hombre de encontrarse con Cristo, único y universal salvador del mundo, para recibir de él la vida nueva y eterna, la verdadera libertad y la alegría plena. Nos sentimos, por tanto, todos invitados a entrar en el "misterio", en el acontecimiento de gracia que se está realizando en vuestros corazones con la Ordenación presbiteral, dejándonos iluminar por la Palabra de Dios que se ha proclamado.



El Evangelio que hemos escuchado nos presenta un momento significativo del camino de Jesús, en el que pregunta a los discípulos qué piensa la gente de él y cómo le juzgan ellos mismos. Pedro responde en nombre de los Doce con una confesión de fe, que se diferencia de forma sustancial de la opinión que la gente tiene sobre Jesús; él, de hecho, afirma: Tú eres el Cristo de Dios (cfr Lc 9,20). ¿De dónde nace este acto de fe? Si vamos al inicio del pasaje evangélico, constatamos que la confesión de Pedro está ligada a un momento de oración: “Jesús oraba a solas y sus discípulos estaban con él”, dice san Lucas (9,18). Es decir, los discípulos son involucrados en el ser y hablar absolutamente único de Jesús con el Padre. Y se les concede de este modo ver al Maestro en lo íntimo de su condición de Hijo, se les concede ver lo que otros no ven; del “ser con él”, del “estar con él” en oración, deriva un conocimiento que va más allá de las opiniones de la gente, alcanzando la identidad profunda de Jesús, la verdad. Aquí se nos da una indicación bien precisa para la vida y la misión del sacerdote: en la oración, él está llamado a redescubrir el rostro siempre nuevo del Señor y el contenido más auténtico de su misión. Solamente quien tiene una relación íntima con el Señor viene aferrado por Él, puede llevarlo a los demás, puede ser enviado. Se trata de un “permanecer con él” que debe acompañar siempre el ejercicio del ministerio sacerdotal; debe ser la parte central, también y sobre todo en los momentos difíciles, cuando parece que las “cosas que hacer” deben tener la prioridad. Donde estemos, en cualquier cosa que hagamos, debemos “permanecer siempre con Él”.

Un segundo elemento quisiera subrayar del Evangelio de hoy. Inmediatamente después de la confesión de Pedro, Jesús anuncia su pasión y resurrección y hace seguir a este anuncio una enseñanza en relación al camino de los discípulos, que es un seguirlo a Él, el Crucificado, seguirlo por el camino de la cruz. Y agrega después -con una expresión paradójica – que ser discípulos significa “perderse a si mismo”, pero para reencontrarse plenamente a uno mismo (Cfr. Lc 9,22-24). ¿Qué significa esto para cada cristiano, pero sobre todo qué significa para un sacerdote? El seguimiento, pero podríamos tranquilamente decir: el sacerdocio, no puede jamás representar un modo para alcanzar seguridad en la vida o para conquistar una posición social. El que aspira al sacerdocio para un aumento del propio prestigio personal y el propio poder entiende mal en su raíz el sentido de este ministerio. Quien quiere ante todo realizar una ambición propia, alcanzar éxito propio será



siempre esclavo de si mismo y de la opinión pública. Para ser considerado deberá adular; deberá decir aquello que agrada a la gente; deberá adaptarse al cambio de las modas y de las opiniones y, así, se privará de la relación vital con la verdad, reduciéndose a condenar mañana aquello que había alabado hoy. Un hombre que plantee así su vida, un sacerdote que vea en estos términos su propio ministerio, no ama verdaderamente a Dios y a los demás, sino solo a si mismo y, paradójicamente, termina por perderse a si mismo. El sacerdocio -recordémoslo siempre- se funda sobre el coraje de decir sí a otra voluntad, con la conciencia, que debe crecer cada día, de que precisamente conformándose a la voluntad de Dios, “inmersos” en esta voluntad, no solo no será cancelada nuestra originalidad, sino, al contrario, entraremos cada vez más en la verdad de nuestro ser y de nuestro ministerio.

**Queridos ordenandos, quisiera proponer a vuestra reflexión un tercer pensamiento, estrechamente ligado a este apenas expuesto: la invitación de Jesús de “perderse a sí mismo”, de tomar la cruz, remite al misterio que estamos celebrando: la Eucaristía. A vosotros hoy, con el sacramento del Orden, jos viene dado presidir la Eucaristía! A vosotros se os confía el sacrificio redentor de Cristo; a vosotros se os confía su cuerpo entregado y su sangre derramada. Ciertamente, Jesús ofrece su sacrificio, su donación de amor humilde y completo a la Iglesia su Esposa, sobre la Cruz. Es sobre ese leño donde el grano de trigo dejado caer por**



el Padre sobre el campo del mundo muere para convertirse en fruto maduro, dador de vida. Pero, en el diseño de Dios, esta donación de Cristo se hace presente en la Eucaristía gracias a aquella *potestas sacra* que el sacramento del Orden os confiera a vosotros, presbíteros. Cuando celebramos la santa misa tenemos en nuestras manos el pan del Cielo, el pan de Dios, que es Cristo, grano partido para multiplicarse y convertirse en el verdadero alimento para la vida del mundo. Es algo que no puede sino llenar vuestro corazón de íntimo estupor, de viva alegría y de inmensa gratitud: el amor y el don de Cristo crucificado pasan a través de vuestras manos, vuestra voz, y vuestro corazón. ¡Es una experiencia siempre nueva de asombro ver que en mis manos, en mi voz, el Señor realiza este misterio de Su presencia!



¡Cómo no rezar por tanto al Señor, para que os dé una conciencia



siempre vigilante y entusiasta de este don, que está puesto en el centro de vuestro ser sacerdotes! Para que os de la gracia de saber experimentar en profundidad toda la belleza y la fuerza de este servicio presbiteral y, al mismo tiempo, **la gracia de poder vivir este ministerio con coherencia y generosidad, cada día. La gracia del presbiterado, que dentro de poco os será dada, os unirá íntimamente, estructuralmente, a la Eucaristía. Por eso, os pondrá en contacto en lo profundo de sus corazones con los sentimientos de Jesús que ama hasta el extremo, hasta el don total de sí, a su ser pan multiplicado para el santo banquete de la unidad y la comunión.** Esta es la efusión pentecostal del Espíritu,



destinada a inflamar vuestro camino con el amor mismo del Señor Jesús. Es una efusión que, mientras habla de la absoluta gratuidad del don, graba dentro del mismo ser una ley indeleble, la ley nueva, una ley que os empuja a

insertaros y a hacer surgir en el tejido concreto de las actitudes y de los gestos de vuestra vida de cada día el amor mismo de donación de Cristo crucificado. Volvemos a escuchar la voz del apóstol Pablo, es más, en esta voz reconocemos aquella potente del Espíritu Santo: “Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, habéis sido revestidos de Cristo” (Gal 3,27) Ya con el Bautismo, y ahora en virtud del Sacramento del orden, vosotros os revestís de Cristo. Que al cuidado por la celebración eucarística acompañe siempre el empeño por una vida eucarística, es decir, vivida en la obediencia a una única gran ley, la del amor que se dona totalmente y sirve con humildad, una vida que la gracia del Espíritu Santo hace cada vez más semejante a la de Jesucristo, Sumo y eterno Sacerdote, siervo de Dios y de los hombres.



Queridos, el camino que nos indica el Evangelio de hoy es el camino de vuestra espiritualidad y de vuestra acción pastoral, de su eficacia e incisividad, incluso en las situaciones más fatigosas y áridas. Es más, este es el camino seguro para encontrar la verdadera alegría. María, la sierva del Señor, que conformó su voluntad a la de Dios, que engendró a Cristo donándolo al mundo, que siguió el Hijo hasta los pies de la cruz en el supremo acto de amor, os acompañe cada día de vuestras vidas y de vuestro ministerio. Gracias al afecto de esta madre tierna y fuerte, podréis ser felizmente fieles a la consigna que como presbíteros hoy os es dada: la de conformaros a Cristo Sacerdote, que supo obedecer a la voluntad del Padre y amar a los hombres hasta el extremo.



¡Amén!

*[Traducción del italiano por Inma Álvarez*

*© Copyright 2010 - Libreria Editrice Vaticana]*



**Cuando celebramos la santa misa  
tenemos en nuestras manos el pan del Cielo,  
el pan de Dios, que es Cristo, grano partido  
para multiplicarse y convertirse en el verdadero  
alimento para la vida del mundo.**

**(Papa Benedicto XVI)**



## LA NARRACIÓN DE LA INSTITUCIÓN Y LA CONSAGRACIÓN



El momento **culminante** del sacrificio eucarístico, **el más sagrado**, es la parte de la Plegaria eucarística en la cual **se narra la institución y se consagra**. En estos momentos es bueno que el celebrante tenga presentes estas palabras de Juan Pablo II: *“El culto eucarístico madura y crece cuando las palabras de la Plegaria eucarística, y especialmente las de la Consagración, son pronunciadas con humildad y sencillez, de manera comprensible, correcta y digna, como corresponde a su santidad; cuando este acto esencial de la liturgia eucarística es realizado sin prisas; cuando nos comprometemos a un recogimiento tal y a una devoción tal, que los participantes advierten la grandeza del misterio que se realiza y lo manifiestan con su comportamiento”*.

El pueblo, si no se ha arrodillado después del Sanctus o en la epiclesis, **estará de rodillas**, a no ser que lo impida la estrechez del lugar o la aglomeración de la concurrencia o cualquier otra causa razonable.



## Consagración del pan



Después de la epiclesis, momento en que **se pueden tocar brevemente las campanillas**, el celebrante junta las manos. Toma una forma grande en sus manos en las palabras “*tomó pan*” con el dedo índice y pulgar de cada mano, o con otros dedos si la forma es muy grande. No toma con las manos la patena o el copón. Tampoco parte o desmenuza el pan en las palabras “*lo partió*”.

Se inclina ligeramente hacia adelante mientras dice las palabras de la Consagración que han de pronunciarse con claridad, como requiere la naturaleza de éstas: “*Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros*”. Si conoce las palabras de la Consagración de memoria –como es normal– puede mirar al pan, y no hacia el libro o bien hacia el pueblo. Puede bajar la voz ligeramente así como el ritmo de las palabras, para que tanto él mismo como el pueblo sean atraídos por la acción sublime de Cristo en su Iglesia.

**La elevación de la Hostia** debe ser un mostrar el Cuerpo de Cristo al pueblo de manera respetuosa y con pausa. Después de decir las palabras de la Consagración, el celebrante permanece de pie, erguido, manteniendo aún la Hostia, que reverentemente levanta sobre el corporal. Es preferible elevar la Hostia al menos hasta la altura de los



ojos, donde se oculta la cara del celebrante. La acción es más significativa si levanta más la Hostia sin estirarse.

Cuando sostiene la Hostia con los dedos índice y pulgar de ambas manos, los otros dedos deben permanecer juntos y doblados, en cualquier caso **procurando no tapar la Hostia** a la vista del pueblo. Es preferible una vez elevada parar un momento y luego bajar la Hostia lentamente y con reverencia hacia la patena. Luego, poniendo ambas manos en el corporal, hace una genuflexión adorándolo, sin prisa y sin inclinar la cabeza.

## Consagración del vino



El celebrante **quita la palia**, a no ser que el diácono o el acólito la hayan quitado durante la epiclesis. En las palabras “*tomó este cáliz glorioso*” o sus equivalentes en las distintas Plegarias eucarísticas, toma el cáliz, preferiblemente cogiendo el nudo con la mano derecha y sosteniendo la base con la mano izquierda, manteniéndolo recto –no inclinado hacia él– lo levanta un poco sobre la superficie del altar, y luego se inclina mientras dice de forma distinta las palabras de la Consagración. Ya que se inclina ligeramente, con naturalidad, dirige su mirada al cáliz, no hacia el libro, mientras dice: “*Tomad y bebed...*”



*Haced esto en conmemoración mía”* manteniendo el mismo tono de voz y ritmo de las palabras que en la Consagración del pan.

Estando erguido, eleva el cáliz con cuidado, con ambas manos, por encima del corporal. Es preferible levantar la base del cáliz **hasta la altura de los ojos**, o más alto. Se detiene un momento antes de bajar el cáliz despacio y con reverencia al corporal. Luego, pone ambas manos en el corporal y **hace una genuflexión en adoración**, sin prisa y sin inclinar la cabeza, tal como hizo con el Pan. Si se usa palia, la coloca sobre el cáliz antes de hacer la genuflexión. El sacerdote puede decir mentalmente una oración de adoración en las elevaciones, pero **nunca de forma audible**. En cada elevación **puede tocarse la campanilla**, de acuerdo con la costumbre local. Si se utiliza incienso, se inciensa la Hostia y la Preciosa Sangre en cada elevación por un turiferario que, de rodillas y delante del altar, **da tres golpes dobles** en los momentos de mostrar al pueblo las divinas especies.





Fuente: <http://la-liturgia.blogspot.com/search?updated-min=2009-01-01T00%3A00%3A00%2B01%3A00&updated-max=2010-01-01T00%3A00%3A00%2B01%3A00&max-results=26>



## INSTRUCCIÓN MISAL ROMANO (OGMR)

### **Plegaria eucarística**

**78.** Ahora comienza el centro y cumbre de toda la celebración: la Plegaria eucarística, es decir, la Plegaria de acción de gracias y de santificación. El sacerdote invita al pueblo a elevar los corazones al Señor en la oración y acción de gracias y lo asocia a la oración que, en nombre de toda la comunidad, él dirige a Dios Padre, por Jesucristo en el Espíritu Santo. El sentido de esta oración es que toda la asamblea de los fieles se una con Cristo en la alabanza de las maravillas de Dios y en la ofrenda del sacrificio. La Plegaria eucarística exige que todos la escuchen con respeto y en silencio.

**79.** Los principales elementos de la Plegaria eucarística pueden distinguirse de esta manera:

a) Acción de gracias (que se expresa principalmente en el Prefacio), en la cual el sacerdote, en nombre de todo el pueblo santo, glorifica a Dios Padre y le da gracias por la obra de la salvación o por algún aspecto particular de la misma, según los diversos días, fiestas o tiempos.

b) Aclamación: con ella toda la comunidad, uniéndose a los coros celestiales, canta el **Santo**. Esta aclamación, que forma parte de la Plegaria eucarística, es proferida por todo el pueblo junto con el sacerdote.

c) Epiclesis: con ella la Iglesia, por medio de invocaciones peculiares, implora la fuerza del Espíritu Santo, para que los dones ofrecidos por los hombres sean consagrados; es decir, se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y para que la víctima inmaculada que se va a recibir en la Comunión, sea para salvación de quienes van a participar de ella.

d) Narración de la institución y consagración: por las palabras y acciones de Cristo, se realiza el sacrificio que el mismo Cristo instituyó en la última Cena, cuando ofreció su Cuerpo y Sangre bajo las especies de pan y vino, y lo dio a los Apóstoles como comida y bebida y les dejó el mandato de perpetuar el misterio.



e) **Anámnesis:** con ella la Iglesia, cumpliendo el mandato que recibió de Cristo el Señor por medio de los Apóstoles, realiza el memorial del mismo Cristo recordando especialmente su bienaventurada pasión, su gloriosa resurrección y su ascensión al cielo.

f) **Oblación:** por ella, en este memorial la Iglesia, y principalmente la que está aquí y ahora congregada, ofrece al Padre en el Espíritu Santo la víctima inmaculada. La Iglesia procura que los fieles no sólo ofrezcan la víctima inmaculada, sino que también aprendan a ofrecerse a sí mismos,<sup>71</sup> se perfeccionen día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí, para que finalmente Dios sea todo en todos.<sup>72</sup>

g) **Intercesiones:** por las que se expresa que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia del cielo y de la tierra, y que la ofrenda se hace por ella misma y por todos sus miembros, vivos y difuntos, que han sido llamados a participar de la redención y de la salvación adquirida por el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

h) **Doxología final:** en ella se expresa la glorificación de Dios, y se confirma y concluye con la aclamación: **Amén** del pueblo.





**150.** Un poco antes de la consagración, el ministro, si se cree necesario, advierte a los fieles mediante un toque de campanilla. Asimismo toca la campanilla en cada una de las elevaciones, de acuerdo con la costumbre del lugar.

Si se usa incienso, el ministro incienso la hostia y el cáliz, cuando son presentados al pueblo después de la consagración.

**151.** Después de la consagración, luego que el sacerdote dice: **Este es el sacramento de nuestra fe**, el pueblo aclama, usando una de las fórmulas prescritas.

Al final de la Plegaria eucarística, el sacerdote, tomando la patena con la hostia y el cáliz y elevándolos, dice, él solo, la doxología: **Por Cristo**. Al final el pueblo aclama: **Amén**. Luego el sacerdote deja la patena y el cáliz sobre el corporal.

**152.** Terminada la Plegaria eucarística, el sacerdote, con las manos juntas, dice la monición antes de la Oración del Señor, que luego pronuncia juntamente con el pueblo, con las manos extendidas.

**153.** Concluida la Oración del Señor, el sacerdote, con las manos extendidas dice, solo, el embolismo **Líbranos, Señor**, y terminado éste, el pueblo aclama: **Tuyo es el Reino**.

71 Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. Sobre la sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 48; S.

CONGR. RITOS, Instr. *Eucharisticum mysterium*, del 25 de mayo de 1967, n. 12: A.A.S. 59 (1967) pp.

548549.

72 Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. sobre la sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 48; Decr.

Sobre el ministerio y vida de los presbíteros, *Presbyterorum ordinis*, n. 5; S. CONGR. RITOS, Instr.

*Eucharisticum mysterium*, del 25 de mayo de 1967, n. 12: A.A.S. 59 (1967) pp. 548549.



## CAPÍTULO VII

# MINISTERIOS EXTRAORDINARIOS DE LOS FIELES LAICOS

### Instrucción *Redemptionis Sacramentum*

[146.] El sacerdocio ministerial no se puede sustituir en ningún modo. En efecto, si falta el sacerdote en la comunidad, esta carece del ejercicio y la función sacramental de Cristo, Cabeza y Pastor, que pertenece a la esencia de la vida misma de la comunidad.<sup>247</sup> Puesto que «sólo el sacerdote válidamente ordenado es ministro capaz de confeccionar el sacramento de la Eucaristía, actuando *in persona Christi*».<sup>248</sup>

[147.] Sin embargo, donde la necesidad de la Iglesia así lo aconseje, faltando los ministros sagrados, pueden los fieles laicos suplir algunas tareas litúrgicas, conforme a las normas del derecho<sup>249</sup>. Estos fieles son llamados y designados para desempeñar unas tareas determinadas, de mayor o menor importancia, fortalecidos por la gracia del Señor. Muchos fieles laicos se han dedicado y se siguen dedicando con generosidad a este servicio, sobre todo en los países de misión, donde aún la Iglesia está poco extendida, o se encuentra en circunstancias de persecución<sup>250</sup>, pero también en otras regiones afectadas por la escasez de sacerdotes y diáconos.

[148.] Sobre todo, debe considerarse de gran importancia la formación de los catequistas, que con grandes esfuerzos han dado y siguen dando una ayuda extraordinaria y absolutamente necesaria al crecimiento de la fe y de la Iglesia.<sup>251</sup>

[149.] Muy recientemente, en algunas diócesis de antigua evangelización, son designados fieles laicos como «asistentes pastorales», muchísimos de los cuales, sin duda, han sido útiles para el bien de la Iglesia, facilitando la acción pastoral desempeñada por el Obispo, los presbíteros y los diáconos. Vigílese, sin embargo, que la



determinación de estas tareas no se asimile demasiado a la forma del ministerio pastoral de los clérigos. Por lo tanto, se debe cuidar que los «asistentes pastorales» no asuman aquello que propiamente pertenece al servicio de los ministros sagrados.

[150.] La actividad del asistente pastoral se dirige a facilitar el ministerio de los sacerdotes y diáconos, a suscitar vocaciones al sacerdocio y al diaconado y, según las normas del derecho, a preparar cuidadosamente los fieles laicos, en cada comunidad, para las distintas tareas litúrgicas, según la variedad de los carismas.

[151.] Solamente por verdadera necesidad se recurra al auxilio de ministros extraordinarios, en la celebración de la Liturgia. Pero esto, no está previsto para asegurar una plena participación a los laicos, sino que, por su naturaleza, es suplementario y provisional.<sup>252</sup> Además, donde por necesidad se recurra al servicio de los ministros extraordinarios, multiplíquense especiales y fervientes peticiones para que el Señor envíe pronto un sacerdote para el servicio de la comunidad y suscite abundantes vocaciones a las sagradas órdenes.<sup>253</sup>

[152.] Por lo tanto, estos ministerios de mera suplencia no deben ser ocasión de una deformación del mismo ministerio de los sacerdotes, de modo que estos descuiden la celebración de la santa Misa por el pueblo que les ha sido confiado, la personal solicitud hacia los enfermos, el cuidado del bautismo de los niños, la asistencia a los matrimonios, o la celebración de las exequias cristianas, que ante todo conciernen a los sacerdotes, ayudados por los diáconos. Así pues, no suceda que los sacerdotes, en las parroquias, cambien indiferentemente con diáconos o laicos las tareas pastorales, confundiendo de esta manera lo específico de cada uno.

[153.] Además, nunca es lícito a los laicos asumir las funciones o las vestiduras del diácono o del sacerdote, u otras vestiduras similares.



# 1. EL MINISTRO EXTRAORDINARIO DE LA SAGRADA COMUNIÓN



[154.] Como ya se ha recordado, «sólo el sacerdote válidamente ordenado es ministro capaz de confeccionar el sacramento de la Eucaristía, actuando *in persona Christi*»<sup>254</sup>. De donde el nombre de «ministro de la Eucaristía» sólo se refiere, propiamente, al sacerdote. También, en razón de la sagrada Ordenación, los ministros ordinarios de la sagrada Comunión son el Obispo, el presbítero y el diácono <sup>255</sup>, a los que corresponde, por lo tanto, administrar la sagrada Comunión a los fieles laicos, en la celebración de la santa Misa. De esta forma se manifiesta adecuada y plenamente su tarea ministerial en la Iglesia, y se realiza el signo del sacramento.

[155.] Además de los ministros ordinarios, está el acólito instituido ritualmente, que por la institución es ministro extraordinario de la sagrada Comunión, incluso fuera de la celebración de la Misa. Todavía, si lo aconsejan razones de verdadera necesidad, conforme a las normas del



derecho<sup>256</sup>, el Obispo diocesano puede delegar también otro fiel laico como ministro extraordinario, ya sea para ese momento, ya sea para un tiempo determinado, recibida en la manera debida la bendición. Sin embargo, este acto de designación no tiene necesariamente una forma litúrgica, ni de ningún modo, si tiene lugar, puede asemejarse la sagrada Ordenación. Sólo en casos especiales e imprevistos, el sacerdote que preside la celebración eucarística puede dar un permiso *ad actum*.<sup>257</sup>

[156.] Este ministerio se entienda conforme a su nombre en sentido estricto, este es ministro extraordinario de la sagrada Comunión, pero no «ministro especial de la sagrada Comunión», ni «ministro extraordinario de la Eucaristía», ni «ministro especial de la Eucaristía»; con estos nombres es ampliado indebida e impropriamente su significado.



[157.] Si habitualmente hay número suficiente de ministros sagrados, también para la distribución de la sagrada Comunión, no se pueden designar ministros extraordinarios de la sagrada Comunión. En tales circunstancias, los que han sido designados para este ministerio, no lo



ejerzan. Repruébese la costumbre de aquellos sacerdotes que, a pesar de estar presentes en la celebración, se abstienen de distribuir la comunión, encomendando esta tarea a laicos.<sup>258</sup>



[158.] El ministro extraordinario de la sagrada Comunión podrá administrar la Comunión solamente en ausencia del sacerdote o diácono, cuando el sacerdote está impedido por enfermedad, edad avanzada, o por otra verdadera causa, o cuando es tan grande el número de los fieles que se acercan a la Comunión, que la celebración de la Misa se prolongaría demasiado<sup>259</sup>. Pero esto debe entenderse de forma que una breve prolongación sería una causa absolutamente insuficiente, según la cultura y las costumbres propias del lugar.

[159.] Al ministro extraordinario de la sagrada Comunión nunca le está permitido delegar en ningún otro para administrar la Eucaristía, como, por ejemplo, los padres o el esposo o el hijo del enfermo que va a comulgar.

[160.] El Obispo diocesano examine de nuevo la praxis en esta materia durante los últimos años y, si es conveniente, la corrija o la determine



con mayor claridad. Donde por una verdadera necesidad se haya difundido la designación de este tipo de ministros extraordinarios, corresponde al Obispo diocesano, teniendo presente la tradición de la Iglesia, dar las directrices particulares que establezcan el ejercicio de esta tarea, según las normas del derecho.

[247] Cf. CONGR. CLERO y otras, Instr., *Ecclesiae de mysterio*, Principios teológicos, n. 3: AAS 89 (1997) p. 859.

*Código de Derecho Canónico*, c. 900 § 1; cf. CONC. ECUMÉNICO LATERANENSE IV, días 11-30 de noviembre de 1215, cap. 1: DS 802; CLEMENTE VI, Carta a Mekhitar, Catholicos de los Armenios, *Super quibusdam*, día 29 de septiembre de 1351: DS 1084; CONC. ECUMÉNICO TRIDENTINO, Sesión XXIII, día 15 de julio de 1563, Doctrina et canones de sacramento ordinis, cap. 4: DS 1767-1770; PÍO XII, Carta Encíclica, *Mediator Dei*: AAS 39 (1947) p. 553.

Cf. *Código de Derecho Canónico*, c. 230 § 3; JUAN PABLO II, Alocución en el Simposio «de laicorum cooperatione in ministerio pastoralis presbyterorum», día 22 de abril de 1994, n. 2: *L'Osservatore Romano*, 23 de abril 1994; CONGR. CLERO y otras, Instr., *Ecclesiae de mysterio*, Proemio: AAS 89 (1997) pp. 852-856.

Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica, *Redemptoris missio*, nn. 53-54: AAS 83 (1991) pp. 300-302; CONGR. CLERO y otras, Instr., *Ecclesiae de mysterio*, Proemio: AAS 89 (1997) pp. 852-856.

Cf. CONC. ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad gentes*, día 7 de diciembre de 1965, n. 17; JUAN PABLO II, Carta Encíclica, *Redemptoris missio*, n. 73: AAS 83 (1991) p. 321.

Cf. CONGR. CLERO y otras, Instr., *Ecclesiae de mysterio*, Disposiciones prácticas, art. 8 § 2: AAS 89 (1997) p. 872.

Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 32: AAS 95 (2003) p. 455.

*Código de Derecho Canónico*, c. 900 § 1.

Cf. *ibid.*, c. 910 § 1; cf. también JUAN PABLO II, Carta, *Dominicae Cenaes*, n. 11: AAS 72 (1980) p. 142; CONGR. CLERO y otras, Instr., *Ecclesiae de mysterio*, Disposiciones prácticas, art. 8 § 1: AAS 89 (1997) pp. 870-871.

Cf. *Código de Derecho Canónico*, c. 230 § 3.

Cf. S. CONGR. DE LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Instr., *Immensae caritatis*, proemio: AAS 65 (1973) p. 264; PABLO VI, Carta Apostólica



«motu proprio datae», *Ministeria quaedam*, día 15 de agosto de 1972: AAS 64 (1972) p. 532; MISSALE ROMANUM, Appendix III: Ritus ad deputandum ministrum sacrae Communionis ad actum distribuendae, p. 1253; CONGR. CLERO y otras, Instr., *Ecclesiae de mysterio*, Disposiciones prácticas, art. 8 § 1: AAS 89 (1997) p. 871.

Cf. S. CONGR. SACRAMENTOS Y CULTO DIVINO, Instr., *Inaestimabile donum*, n. 10: AAS 72 (1980) p. 336; PONTIFICIA COMISIÓN PARA LA INTERPRET. AUTÉNTICA DEL CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, Respuesta ad propositum dubium, día 11 de julio de 1984: AAS 76 (1984) p. 746.

Cf. S. CONGR. DISCIPLINA SACRAMENTOS, Instr., *Immensae caritatis*, n. 1: AAS 65 (1973) pp. 264-271, espec. pp. 265-266; PONTIFICIA COMISIÓN PARA LA INTERPRET. AUTÉNTICA DEL CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, Respuesta ad propositum dubium, día 1 de junio de 1988: AAS 80 (1980) p. 1373; CONGR. CLERO y otras, Instr., *Ecclesiae de mysterio*, Disposiciones prácticas, art. 8 § 2: AAS 89 (1997) p. 871.

## INSTRUCCIÓN MISAL ROMANO

**162.** Para distribuir la Comunión pueden ayudar al sacerdote otros presbíteros que pudieran estar presentes. Si no los hay y los comulgantes fueran muy numerosos, el sacerdote puede llamar en su ayuda a ministros extraordinarios, es decir a un acólito debidamente instituido o también a otros fieles que hayan sido debidamente delegados para esto<sup>97</sup>. En caso de necesidad, el sacerdote puede delegar a fieles idóneos, *ad actum*.<sup>98</sup>

**Estos ministros no se han de acercar al altar antes de que el sacerdote haya comulgado, y siempre recibirán de mano del sacerdote los vasos que contienen las especies eucarísticas que se van a distribuir a los fieles**

<sup>98</sup> Cf. más abajo, Apéndice, Rito para delegar a un ministro de la sagrada Comunión para distribuirla *ad actum*.



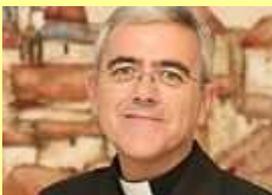
## ***La Eucaristía abre a las necesidades del mundo***



*lunes, 21 de junio de 2010*  
Ramiro Pelletero

**AnalisisDigital.com**

***«Aunque se deban a todos —señala el Concilio Vaticano II—, los presbíteros tienen encomendados de manera especial a los pobres y a los más débiles, con quienes el Señor se presenta asociado y cuya evangelización se da como prueba mesiánica» (Decreto sobre los Presbíteros, n. 6).***



**Esto es consecuencia de la identificación de los presbíteros con Cristo, especialmente en la Eucaristía. Lo explicó Benedicto XVI, al responder a la pregunta de un sacerdote japonés, en la vigilia de la conclusión**



**del Año sacerdotal: ¿cómo vivir el culto eucarístico, sin caer en un clericalismo o en un alejamiento de la vida cotidiana de las personas? El Papa le respondió yendo al punto central: «La Eucaristía no es cerrarse al mundo, sino precisamente la apertura a las necesidades del mundo». En la Eucaristía se manifiesta de modo pleno y total el abajamiento de Dios y su abandono: su salida de sí mismo por amor nuestro. En la Eucaristía el sacerdote está para que todos los cristianos participemos de esa «aventura del amor de Dios», al dejarnos atraer a la comunión del único pan, del único Cuerpo.**

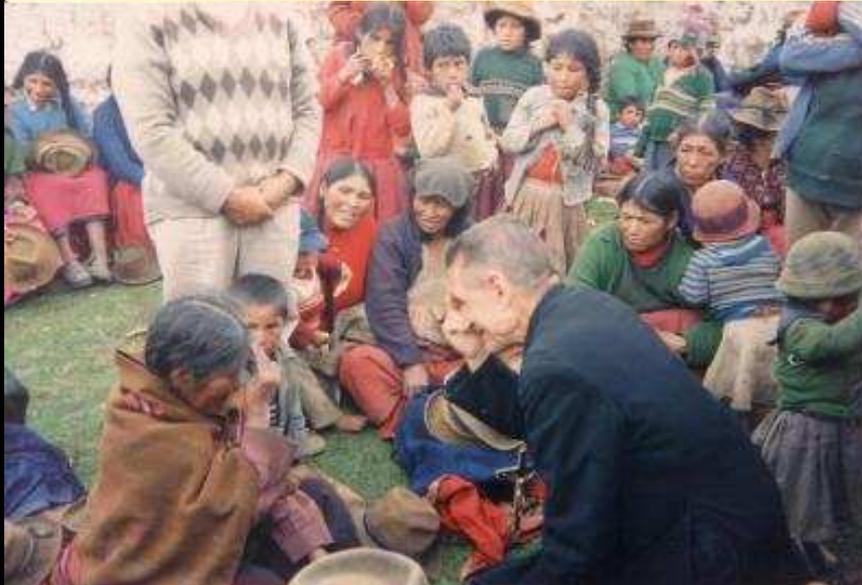


**«Así debemos celebrar, vivir, meditar siempre la Eucaristía, como esta escuela de liberación de mi 'yo': entrar en el único pan, que es pan de todos, que nos une en el único Cuerpo de Cristo. Y por tanto, la Eucaristía es, de por sí, un acto de amor, nos obliga a esta realidad del amor por los demás: la Eucaristía el sacrificio de Cristo, es la comunión de todos en su Cuerpo. Y por tanto, de esta forma, debemos aprender a vivir la Eucaristía, que es además lo contrario del clericalismo, de cerrarse en sí mismos». Y ponía el ejemplo de Madre Teresa de Calcuta, que se dio a los más pobres a partir de la oración ante el Sagrario.**

**Ciertamente, la apertura a los necesitados es una manifestación de la**



secularidad cristiana, es decir, del amor cristiano al mundo siguiendo a Cristo. Y por tanto, la preocupación por los demás —por sus necesidades materiales y espirituales— es un antídoto contra el clericalismo —tentación no exclusiva de clérigos—, que desconoce las exigencias de la Eucaristía y sus frutos: *«Vivir la Eucaristía en su sentido original, en su*



*verdadera profundidad, es una escuela de vida, es la protección más segura contra toda forma de clericalismo».*

Los obispos españoles habían llegado

a una conclusión similar, un mes antes, cuando, con motivo del *Corpus Christi* presentaron un mensaje titulado: *“El sacerdote, hombre de caridad”* (15-V-2010). En ese documento señalaban que atender especialmente a los más pobres y necesitados es un deber para todo cristiano, y especialmente para el sacerdote; un deber que brota de la configuración con Cristo en la Eucaristía.

El argumento es claro: *«Si la caridad es algo que pertenece a la naturaleza de la Iglesia y, en consecuencia, a toda la comunidad cristiana —señalaban los obispos—, tarea del sacerdote es hacer que en la comunidad cristiana se viva y exprese el servicio a los pobres. Compete al sacerdote procurar que cada uno de sus fieles sea conducido por el Espíritu ‘a la caridad sincera y diligente’».* Se recuerda con total acierto que la caridad no es sólo una tarea individual, sino que también pertenece a la comunidad cristiana, y por tanto necesita una organización y programación.

En el congreso de la diócesis de Roma —el pasado 15 de junio—, el Papa ha subrayado el valor central de la Eucaristía como actualización del sacrificio de Cristo y la verdad de la transustanciación. Y ha vuelto a



**insistir en que la Eucaristía exige la caridad: *«Las necesidades y la pobreza de tantos hombres y mujeres nos interpelan profundamente: es Cristo mismo quien día a día, en los pobres, nos pide que le quitemos el hambre y la sed, que le visitemos en los hospitales y en las cárceles, que le acojamos y vistamos. La Eucaristía celebrada nos impone y al mismo tiempo nos hace capaces de convertirnos en pan partido para los hermanos, saliendo al paso de sus exigencias y entregándonos a nosotros mismos. Por este motivo, una celebración eucarística que no lleve a encontrar a los hombres allí donde viven, trabajan y sufren para llevarles el amor de Dios, no manifiesta la verdad que encierra».***



**Tras el final del año sacerdotal, que coincidió con el *Corpus Christi* y la solemnidad del Corazón de Jesús, es, en efecto, un buen momento para que cada sacerdote se pregunte cómo a su alrededor puede crecer esta sensibilidad por los más pobres. Ante todo, en el corazón de cada cristiano, que deberá vivir la caridad con el prójimo de muchas maneras, según su condición, posibilidades y circunstancias. En segundo lugar, organizando ese servicio de la caridad en cada comunidad cristiana (las parroquias, las familias, los movimientos y demás grupos e instituciones eclesiales), pues la caridad es el signo por excelencia del Evangelio.**



Hay que rezar y trabajar para que —como suele decir Benedicto XVI— la Eucaristía implique verdaderamente a todos los cristianos en la entrega de Cristo. Y qué bueno es pedir eso mismo para los sacerdotes, como hacen los obispos en ese documento: *«Que configurados con Cristo Pastor, su corazón se conmueva siempre ante los pobres, los hambrientos, los excluidos, los marginados. Que identificados con Cristo Sacerdote renueven con gozo la ofrenda de sus vidas en cada Eucaristía al servicio de la salvación de todos los hombres. Que en el seno de nuestras comunidades cristianas sean los hombres de la caridad animando y presidiendo el ejercicio organizado de la caridad».*



Ramiro Pellitero. Instituto Superior de Ciencias Religiosas, Universidad de Navarra  
<http://www.almudi.org/tabid/36/ctl/Detail/mid/379/nid/4754/pnid/0//Eucaristia/abre/necesidades/mundo/Default.aspx>



# ORDO MISSA

## *XIII DOMINGO ORDINARIO*





## RITOS INICIALES RITUS INITIALES

### INTROITUS

#### ANTÍFONA DE ENTRADA (Sal 46, 2)

*Pueblos todos, aplaudan; aclamen al Señor con gritos de júbilo.*

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada.

Cuando llega al altar, el sacerdote con los ministros hace la debida reverencia, besa el altar y, si se juzga oportuno, lo inciensa. Después se dirige con los ministros a la sede. Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo

In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

*Amen.*

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

#### **Saludo SALUTATIO**

El Señor esté con vosotros

**Dominus vobiscum.**

respuesta

Y con tu espíritu.

***Et cum spiritu tuo.***



## ACTO PENITENCIAL

### ACTUS PÆNITENTIALIS

**Se dice Gloria.**

**ORACIÓN COLECTA** Collecta

**S: Oremus**

*Padre de bondad, que por medio de tu gracia nos has hecho hijos de la luz, concédenos vivir fuera de las tinieblas del error y permanecer siempre en el esplendor de la verdad. Por nuestro Señor Jesucristo...*

## LITURGIA DE LA PALABRA/

### Liturgia Verbi

### Primera lectura Lectio prima





## Lectura del primer libro de los Reyes: 19, 16. 19-21

En aquellos tiempos, el Señor le dijo a Elías: "Unge a Eliseo, el hijo de Safat, originario de Abel-Mejolá, para que sea profeta en lugar tuyo". Elías partió luego y encontró a Eliseo, hijo de Safat, que estaba arando. Delante de él trabajaban doce yuntas de bueyes y él trabajaba con la última. Elías pasó junto a él y le echó encima su manto. Entonces Eliseo abandonó sus bueyes, corrió detrás de Elías y le dijo: "Déjame dar a mis padres el beso de despedida y te seguiré". Elías le contestó: "Ve y vuelve, porque bien sabes lo que ha hecho el Señor contigo". Se fue Eliseo, se llevó los dos bueyes de la yunta, los sacrificó, asó la carne en la hoguera que hizo con la madera del arado y la repartió a su gente para que se la comieran. Luego se levantó, siguió a Elías y se puso a su servicio.

**Palabra de Dios.**

*Te alabamos, Señor.*

## **SALMO RESPONSORIAL PSALMUS**

### **Del salmo 15 R/. Enséñanos, Señor, el camino de la vida.**

Protégeme, Dios mío, pues eres mi refugio. Yo siempre he dicho que tú eres mi Señor. El Señor es la parte que me ha tocado en herencia: mi vida está en sus manos.

**R/.**

Bendeciré al Señor, que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor y con Él a mi lado, jamás tropezaré.

**R/.**

Por eso se me alegran el corazón y el alma y mi cuerpo vivirá tranquilo, porque tú no me abandonarás a la muerte ni dejarás que sufra yo la corrupción. **R/.**



Enséñame el camino de la vida, sáciame de gozo en tu presencia y de alegría perpetua junto a ti.

R/.

## **SEGUNDA LECTURA LECTIO SECUNDA**

### **Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los gálatas: 5, 1. 13- 18**

Hermanos: Cristo nos ha liberado para que seamos libres. Conserve, pues, la libertad y no se sometan de nuevo al yugo de la esclavitud. Su vocación, hermanos, es la libertad. Pero cuiden de no tomarla como pretexto para satisfacer su egoísmo; antes bien, háganse servidores los unos de los otros por amor. Porque toda la ley se resume en un solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pues si ustedes se muerden y devoran mutuamente, acabarán por destruirse. Los exhorto, pues, a que vivan de acuerdo con las exigencias del Espíritu: así no se dejarán arrastrar por el desorden egoísta del hombre. Este desorden está en contra del Espíritu de Dios, y el Espíritu está en contra de ese desorden. Y esta oposición es tan radical, que les impide a ustedes hacer lo que querrían hacer. Pero si los guía el Espíritu, ya no están ustedes bajo el dominio de la ley.

**Lector: Palabra de Dios. Verbum Dòmini.  
T: Deo gratias.**



**ACLAMACIÓN R/.**

**ACLAMACIÓN (1 Sm 3, 9; Jn 6, 68) R/.**

**Aleluya, aleluya.**

**Habla, Señor, que tu siervo te escucha. Tú tienes palabras de vida eterna.**

**R/.**

**EVANGELIO EVANGELIUM**

*Después el diácono (o el sacerdote) va al ambón, acompañado eventualmente por los ministros que llevan el incienso y los cirios; ya en el ambón dice:*

**El Señor esté con vosotros. Dóminus vobíscum**

*El pueblo responde:*

**R:/ Y con tu espíritu. Et cum spíritu tuo**

*El diácono (o el sacerdote):*

**Lectura del santo Evangelio según san N.**

**Léctio sancti Evangélii secúndum**

*Y mientras tanto hace la señal de la cruz sobre el libro y sobre su frente, labios y pecho.*

*El pueblo aclama:*

**R: / Gloria a ti, Señor. Glória tibi, Dómine.**

*El diácono (o el sacerdote), si se usa incienso, incienso el libro.*

*Luego proclama el evangelio.*

*Acabado el evangelio el diácono (o el sacerdote) dice:*

**Palabra del Señor.**



***Todos aclaman:***

**R: / Gloria a ti, Señor Jesús**

**Lectura (Proclamación) del santo Evangelio según san Lucas: 9, 51-62**



Cuando ya se acercaba el tiempo en que tenía que salir de este mundo, Jesús tomó la firme determinación de emprender el viaje a Jerusalén. Envió mensajeros por delante y ellos fueron a una aldea de Samaria para conseguirle alojamiento; pero los samaritanos no quisieron recibirlo, porque supieron que iba a Jerusalén. Ante esta negativa, sus discípulos Santiago y Juan le dijeron: "Señor, ¿quieres que hagamos bajar fuego del cielo para que acabe con ellos?". Pero Jesús se volvió hacia ellos y los reprendió.

Después se fueron a otra aldea. Mientras iban de camino, alguien le dijo a Jesús: "Te seguiré a dondequiera que vayas". Jesús le respondió: "Las zorras tienen madrigueras y los pájaros, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene en dónde reclinar la cabeza".



A otro, Jesús le dijo: "Sígueme". Pero él le respondió: "Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre".

Jesús le replicó: "Deja que los muertos entierren a sus muertos. Tú ve y anuncia el Reino de Dios".

Otro le dijo: "Te seguiré, Señor; pero déjame primero despedirme de mi familia". Jesús le contestó: "El que empuña el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios".

**S: Palabra del Señor Verbum Domini.**

**T: Laus tibi, Christe**

## Homilía





## **ORATIO FIDELIUM ORACIONES DE LOS FIELES**

**Credo**

## **LITURGIA EUCARÍSTICA Liturgia Eucarística**

**ORACION SOBRE LAS OFRENDAS ORATIO SÚPER OBLATA**



**Concédenos, Señor, participar dignamente en esta Eucaristía por medio de la cual tú te dignas hacernos partícipes de los frutos de la redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.**



# PREX EUCHARISTICA PLEGARIA EUCARISTICA



## PREFACIO PRÆFATIO

### ANTIFONA DE LA COMUNION **ANTIPHONA AD COMMUNIONEM** (Sal 102, 1)

*Alma mía, bendice al Señor y alaba de corazón  
su santo nombre.*



# POSTCOMMUNIO

## ORACION DESPUES DE LA COMUNION

### Oremus



**Que el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, que hemos ofrecido en sacrificio y recibido en comunión, sean para nosotros principio de vida nueva, a fin de que, unidos a ti por el amor, demos frutos que permanezcan para siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.**



## **ORATIO SUPER POPULUM BENDICIONES SOLEMNES**



**Inclinaos para recibir la bendición.  
Luego, el sacerdote, extendidas las manos sobre el  
pueblo, dice la bendición.  
Todos responden: Amen.**



# RITUS CONCLUSIONIS

**Dóminus vobíscum.**

**Et cum spírítu tuo.**

**Benedícat vos omnípotens Deus, Pater, et**

**Fílius, et**

**Spírítus**

**Sanctus.**

**Amen.**

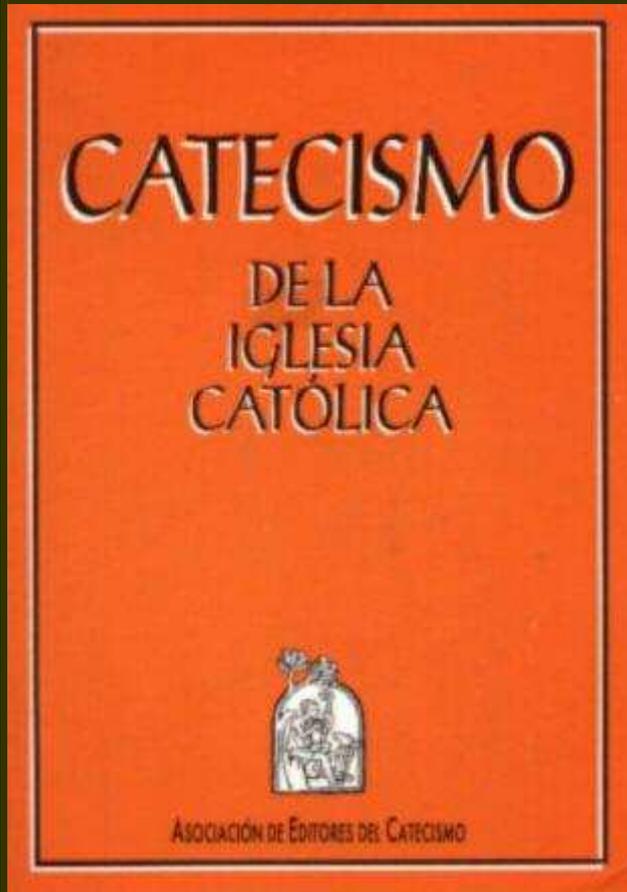
**Ite, missa est.**

**Deo grátias**





# Homilía



## Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

Libres para ser esclavos por amor

### I. LA PALABRA DE DIOS

1 R 19, 16b.19-21: Eliseo se levantó y marchó tras Elías

Sal 15, 1-2a y 5.7-8.9-

10.11: El Señor es mi lote y mi heredad

Ga 4, 31b-5,1.13-18: Vuestra vocación es la libertad

Lc 9,51-62: Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Te seguiré a donde vayas

## II. LA FE DE LA IGLESIA

«Dios ha querido "dejar al hombre en manos de su propicia decisión". Para que puede adherirse libremente a su Creador y llegar así a la bienaventurada perfección» (1743). «La libertad alcanza su perfección, cuando está ordenada a Dios, el Supremo Bien» (CIC 1744).

«No hay verdadera libertad sino en el servicio del bien y de la justicia» (CIC 1733).



«Por su Cruz gloriosa, Cristo obtuvo la salvación para todos los hombres. Los rescató del pecado que los tenía sometidos a esclavitud. Para ser libres nos liberó Cristo» (CIC 1741).

### III. TESTIMONIO CRISTIANO

«Dios omnipotente y misericordioso, aparta de nosotros los males, para que, bien dispuesto nuestro cuerpo y nuestro espíritu, podamos libremente cumplir tu voluntad» (Misal romano) (CIC 1742).

«El hombre es racional, y por ello semejante a Dios; fue creado libre y dueño de sus actos» (S. Ireneo) (CIC 1730).

### IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

#### A. Apunte bíblico-litúrgico

Después de anunciar la Pasión, Jesús inicia el camino de Jerusalén. Invita a seguirle, pero rechaza a aquellos que no lo hacen en la pobreza y la renuncia a todo lo mundano.

El profeta Eliseo es figura del seguimiento radical, deja todas sus cosas para seguir con generosidad y radicalidad a su maestro, el profeta Elías.

El apóstol instruye a los nuevos cristianos para que no pierdan la libertad lograda en Cristo y les advierte sobre el uso correcto de esa gracia: el servicio mutuo con amor, y el dominio de las pasiones.

#### B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

*La fe:*



**El seguimiento de Cristo, ley nueva, ley de amor, de gracia, de libertad: CIC 1972.**

**La libertad humana en la economía de la salvación: 1739-1742.**

***La respuesta:***

**Libertad y responsabilidad: CIC 1730-1738.**

### **C. Otras sugerencias**

**El seguimiento de Cristo es la vocación del cristiano. Es una decisión libre del discípulo, pero el Señor también pone condiciones. No es la decisión libre del discípulo la única determinación para seguir a Jesucristo. La libertad no es el único valor absoluto.**

**¿Qué se entiende hoy por libertad? ¿Qué es la libertad para el cristiano? Importante cuestión pues el cristiano ha de ser libre. Más aún: Para ser libre nos liberó Cristo.**

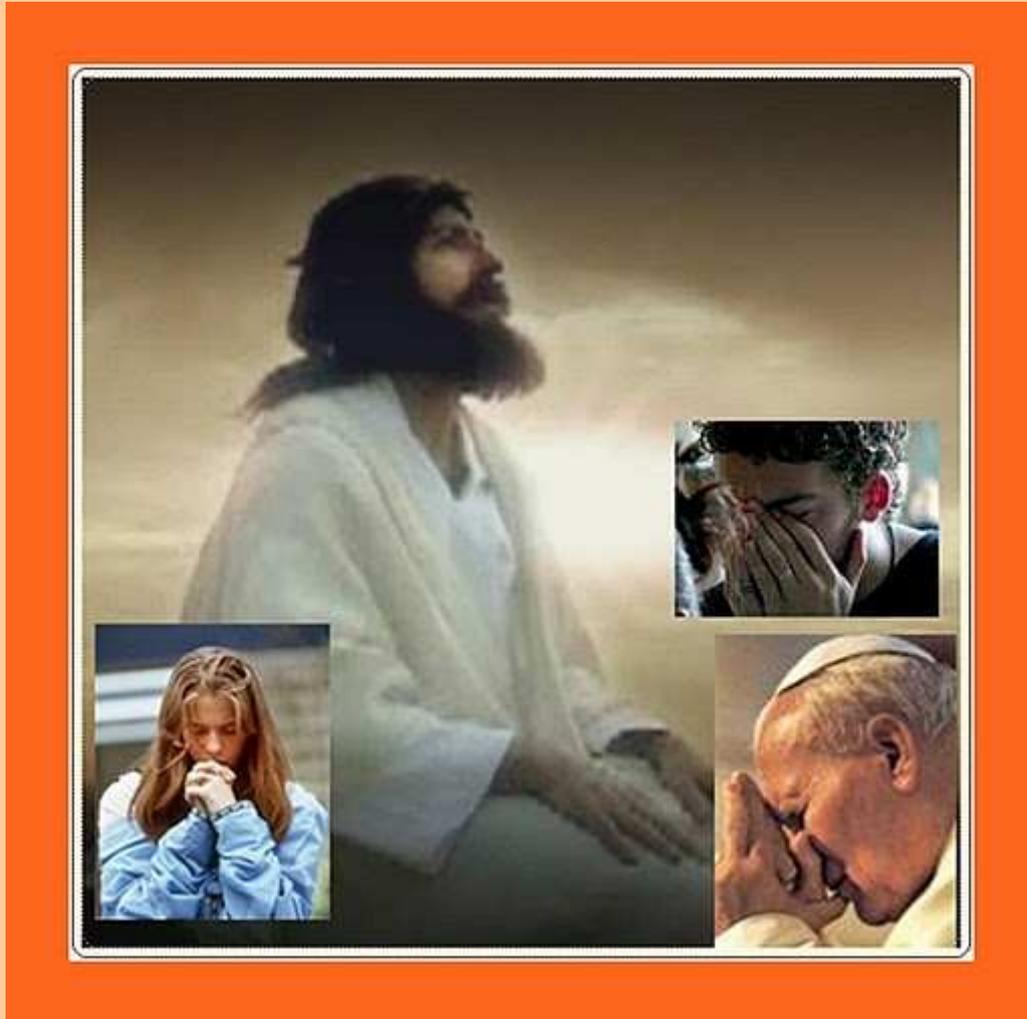
**Libres porque así nos ha creado Dios. Libres porque así nos ha redimido de la esclavitud el Señor. Libres para buscar y alcanzar el Bien Supremo. Libres para hacernos esclavos por el amor.**

**Contradicción entre este concepto de libertad y el de la cultura actual.**



# Lectio Divina

## Domingo, 27 Junio, 2010



El difícil proceso en la formación de los discípulos.

Cómo nacer de nuevo.

Lucas 9,51-62

## 1. Oración inicial

Señor Jesús, envía tu Espíritu, para que Él nos ayude a leer la Biblia en el mismo modo con el cual Tú la has leído a los discípulos en el camino de



**Emaús. Con la luz de la Palabra, escrita en la Biblia, Tú les ayudaste a descubrir la presencia de Dios en los acontecimientos dolorosos de tu condena y muerte. Así, la cruz, que parecía ser el final de toda esperanza, apareció para ellos como fuente de vida y resurrección. Crea en nosotros el silencio para escuchar tu voz en la Creación y en la Escritura, en los acontecimientos y en las personas, sobre todo en los pobres y en los que sufren. Tu palabra nos oriente a fin de que también nosotros, como los discípulos de Emaús, podamos experimentar la fuerza de tu resurrección y testimoniar a los otros que Tú estás vivo en medio de nosotros como fuente de fraternidad, de justicia y de paz. Te lo pedimos a Ti, Jesús, Hijo de María, que nos has revelado al Padre y enviado tu Espíritu. Amén.**

## **2. Lectura**

### **a) Clave de lectura:**

**En el contexto del Evangelio de Lucas, el texto de este domingo se encuentra al principio de la nueva fase de las actividades de Jesús. Los frecuentes conflictos de mentalidad con el pueblo y con las autoridades religiosas (Lc 4,28; 5,21.30; 6,2.7; 7,19.23.33-34.39) confirmaron a Jesús a lo largo del camino como el Mesías Siervo, previsto por Isaías (Is 50, 4-9; 53,12) y asumido por Él desde el comienzo de su actividad apostólica (Lc 4,18). A partir de esto, Jesús empieza a anunciar su pasión y muerte (Lc 9,22.43-44) y decide ir a Jerusalén (Lc 9,51) Este cambio de ruta de los acontecimientos produce una crisis en los discípulos (Mc 8,31-33). Ellos no entienden y tienen miedo (Lc 9,45), porque en ellos continúa dominando la mentalidad antigua sobre el Mesías glorioso. Lucas describe varios episodios en los que aflora la vieja mentalidad de los discípulos: deseo de ser el más grande (Lc 9,46-48); voluntad de controlar el nombre de Jesús (Lc 9,49-50); reacción violenta de Santiago y de Juan ante el rechazo de los samaritanos de acoger a Jesús (Lc 9,51-55). Lucas indica también cómo Jesús se esfuerza en hacer entender a sus discípulos la nueva idea de su misión. El texto de este domingo (Lc 9,51-62) describe algunos ejemplos de cómo hacía Jesús para formar sus discípulos.**

### **b) Una división del texto para ayudar en su lectura:**



**Lucas 9,51-52: *Jesús decide ir a Jerusalén***

**Lucas 9,52b-53: *Una aldea de Samaría no ofrece acogida***

**Lucas 9,54: *Reacción de Juan y Santiago frente al no samaritano***

**Lucas 9,55-56: *Reacción de Jesús frente a la violencia de Santiago y Juan***

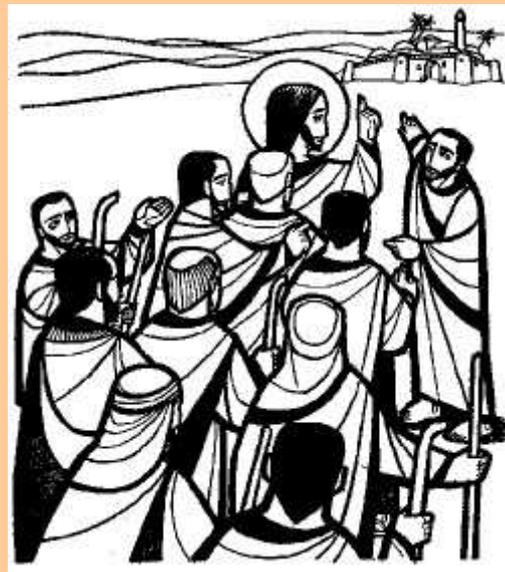
**Lucas 9,57-58: *Primera propuesta de seguir a Jesús***

**Lucas 9,59-60: *Segunda propuesta de seguir a Jesús***

**Lucas 9,61-62: *Tercera propuesta de seguir a Jesús***

**c) El texto:**

<sup>51</sup> Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su ascensión, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén. <sup>52</sup> Envió, pues, mensajeros delante de sí, que fueron y entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada; <sup>53</sup> pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén. <sup>54</sup> Al verlo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?» <sup>55</sup> Pero, volviéndose, les reprendió; <sup>56</sup> y se fueron a otro pueblo.



<sup>57</sup> Mientras iban caminando, uno le dijo: «Te seguiré adondequiera que vayas.» <sup>58</sup> Jesús le dijo: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.»

<sup>59</sup> A otro dijo: «Sígueme.» Él respondió: «Déjame ir primero a enterrar a mi padre.» <sup>60</sup> Le respondió: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios.»

<sup>61</sup> También otro le dijo: «Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa.» <sup>62</sup> Le dijo Jesús: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.»

**3. Un momento de silencio orante para que la Palabra de Dios pueda entrar en nosotros e iluminar nuestra vida.**

**4. Algunas preguntas para ayudarnos en la meditación y en la oración.**

- a) ¿Cuál es el punto del texto que te ha gustado más y que más te ha impresionado?
- b) ¿Qué defectos y limitaciones de los discípulos se descubren en el texto?
- c) ¿Cuál es la pedagogía de Jesús y que Él usa para corregir estos defectos?
- d) ¿Cuáles son los hechos del Antiguo Testamento que se recuerdan en los textos?
- e) ¿Con cuáles de estas tres vocaciones (vv. 57-62) te identificas? ¿Por qué?
- f) ¿Cuál es el defecto de los discípulos de Jesús más presente en nosotros, sus discípulos de hoy?

**5. Una clave de lectura para profundizar mucho más en el tema.****a) Contexto histórico de nuestro texto:**

El contexto histórico del Evangelio de Lucas tiene siempre estos dos aspectos: el contexto del tiempo de Jesús de los años treinta, en Palestina, y el contexto de las comunidades cristianas de los años ochenta, en Grecia, para las que Lucas escribe su Evangelio.

*En el tiempo de Jesús en Palestina.* Para Jesús no fue cosa fácil formar a sus discípulos y discípulas. Porque no es por el hecho de que una persona vaya con Jesús o que vive en comunidad, por lo que esta persona es ya santa y perfecta. La mayor dificultad viene de “la levadura de los fariseos y de Herodes” ( Mc 8,15), o sea, de la ideología dominante de la época, promovida por la religión oficial (fariseos) y por el gobierno ( herodianos). Combatir esta levadura hacía parte de la formación que Jesús daba a sus discípulos. Porque el modo de pensar de los grandes tenía raíces profundas y renacía, siempre de nuevo, en la cabeza de los pequeños, de los discípulos. El texto que meditamos este domingo nos da una idea de cómo Jesús afrontaba este problema.

*Al tiempo de Lucas, en las comunidades de Grecia.* Para Lucas era importante ayudar a los cristianos a no dejarse llevar por “la levadura” del imperio romano y de la religión pagana. Lo mismo vale para hoy. El “fermento” del sistema neoliberal, divulgado por los medios de



comunicación, propaga la mentalidad consumística, contraria a los valores del Evangelio. No es fácil para la persona descubrir que la están engañando: “¿Esto que tengo en la mano acaso no es falso?” (Is 44,20)

b) Comentario del texto:

**Lucas 9,51-52 : *Jesús decide ir a Jerusalén***

“Mientras se iban cumpliendo los días de su ascensión”. Esta afirmación indica que Lucas lee la vida de Jesús a la luz de los profetas. Quiere dejar bien claro a los lectores que Jesús es el Mesías, en el que se cumple lo que los profetas anunciaron. El modo mismo de hablar aparece en el evangelio de Juan: “Sabido Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre,...” (Jn 3,1). Jesús, obediente al Padre, “se dirige decididamente a Jerusalén”.

**Lucas 9,52b-53: *Una aldea de Samaría no ofrece hospitalidad.***

La hospitalidad era una de las bases de la vida comunitaria. Difícilmente, dejaba la gente pasar la noche a alguno fuera, sin acogerlo (Gén 18,1-5; 19,1-3; Jue 19,15-21). Pero en el tiempo de Jesús la rivalidad entre judíos y samaritanos empujaba a la gente de la Samaría a no acoger a los judíos en peregrinación hacia Jerusalén y esto obligaba a los judíos a no pasar por la Samaría, cuando se dirigían a Jerusalén. Preferían caminar por la parte del valle de Jordán. Jesús no está de acuerdo con esta discriminación y pasa por la Samaría. Por lo que sufre las consecuencias de la discriminación y no recibe hospitalidad.

**Lucas 9,54: *Reacción violenta de Santiago y Juan ante el rechazo samaritano***

Inspirado por el ejemplo del profeta Elías, Santiago y Juan quieren que descienda fuego para que extermine a los habitantes de aquella aldea. (2Re 1,10.12; 1Re 18,38). Piensan que por el simple hecho de que están con Jesús, todos deben acogerlos. Ellos poseen la vieja mentalidad, la de ser gente privilegiada. Piensan tener a Dios de su parte para defenderlos.

**Lucas 9,55-56: *Reacción de Jesús ante la violencia de Santiago y Juan***

“Jesús se volvió y los reprendió”. Algunas biblias basándose en manuscritos antiguos, dicen también: “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido para tomar la vida de los



hombres, sino para salvarla". El hecho de que alguien esté con Jesús, no da derecho a nadie a pensar que es superior a los otros o que los otros deben rendirle honores. El "Espíritu" de Jesús pide lo contrario: perdonar setenta veces siete (Mt 18,22). Jesús escoge el perdonar al ladrón que le rogaba en la cruz. (Lc 23,43).

**Lucas 9,57-58: *Primera propuesta de seguir a Jesús***

Uno le dice: "Te seguiré adondequiera que vayas". La respuesta de Jesús es muy clara y sin tapujos. No deja dudas: el discípulo que quiere seguir a Jesús debe imprimir en la mente y en el corazón lo siguiente: Jesús no tiene nada, ni siquiera una piedra donde reclinar la cabeza. Las zorras y los pájaros le llevan en esto ventaja, porque por lo menos tienen guaridas y nidos.

**Lucas 9, 59-60: *Segunda propuesta de seguir a Jesús***

Jesús dijo a otro: "¡Sígueme!" Esta misma palabra les fue dirigida a los primeros discípulos: "¡Sígueme!" (Mc 1,17.20; 2,14). La reacción de la persona llamada es positiva. Está dispuesta a seguir a Jesús. Sólo pide permiso para poder enterrar a su padre. La respuesta de Jesús es dura: "Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios".

Probablemente que se trata de un proverbio popular usado para decir que se debe ser radical en las decisiones que se toman. Aquel que se dispone a seguir a Jesús debe dejar todo detrás de sí. Es como si muriese a todo lo que posee y resucitase a otra vida.

**Lucas 9,61-62: *Tercera propuesta de seguir a Jesús***

Un tercer caso: "Te seguiré, pero déjame antes despedirme de los de mi casa". De nuevo la respuesta de Jesús es dura y radical: "Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el Reino de Dios". Jesús es más exigente que el Profeta Elías cuando éste llamó a Eliseo para que fuera su discípulo (1 Re 19,19-21). El Nuevo Testamento supera al Antiguo en la exigencia y en la práctica del amor.

**c) Profundizando: Jesús Formador:**

El proceso de formación de los discípulos era exigente, lento y doloroso. Porque no es fácil hacer nacer en ellos una nueva experiencia de Dios, una nueva visión de la vida y del prójimo. ¡Es como nacer de nuevo! (Jn



5-9). La mentalidad antigua renace y reaparece en la vida de las personas, de las familias y de las comunidades. Jesús no escatima esfuerzos para formar a sus discípulos. Dedicaba a esto mucho tiempo. No siempre lo consiguió. Judas lo traicionó, Pedro lo negó y, en el momento de la prueba, todos le abandonaron. Solamente las mujeres y Juan permanecieron cercanos a Él, junto a la cruz. Pero el Espíritu Santo que Jesús les envió después de la resurrección, completó la operación iniciada por Él (Jn 14,26; 16,13). Además de lo que ya hemos observado en el texto de este domingo (Lc 9,51-62), Lucas habla de otros muchos casos para indicar cómo hacía Jesús para formar a los discípulos y ayudarlos a superar la mentalidad engañosa de la época.

En Lucas 9,46-48 los discípulos discuten entre ellos para saber quién es el más grande. Aquí, la mentalidad competitiva y de lucha por el poder, característica de la sociedad del Imperio Romano, se infiltraba ya en la pequeña comunidad de Jesús, que apenas está comenzando. Jesús ordena tener una mentalidad contraria. Toma a un niño, lo coloca junto a Él y se identifica con él diciendo: “¡El que acoge a un pequeño como éste, me acoge a mí, y el que me acoge a mí, acoge al Padre!” Los discípulos discuten sobre quién era *el más grande*, y Jesús ordena mirar y acoger *al más pequeño*. Y este es el punto sobre el que Jesús insiste mayormente y sobre el que dió más testimonio: “No he venido para ser servido, sino para servir” (Mc 10,45).

En Lucas 9,49-50, una persona que no era del grupo de los discípulos, se servía del nombre de Jesús para expulsar los demonios. Juan lo vió y se lo prohibió: “Se lo hemos impedido porque no era de los nuestros”. En nombre de la comunidad Juan impide una buena acción. Él pensaba que era el dueño de Jesús y quería prohibir que otros usaran el nombre de Jesús para hacer el bien. Quería una comunidad cerrada en sí misma. Aquí se manifiesta la vieja mentalidad del “¡Pueblo elegido, Pueblo separado! Jesús responde: “No se lo impedáis, porque quien no está contra vosotros, está por vosotros. El objetivo de la formación no puede conducir a un sentimiento de privilegio y de posesión, sino que debe conducir a una actitud de servicio. Para Jesús, lo que importa no es si la persona forma parte o no de la comunidad, sino más bien si hace o no el bien que la comunidad debe hacer.

He aquí otros casos de cómo Jesús educa a sus discípulos y discípulas.



Una manera de dar forma humana a la experiencia que Él mismo tenía de Dios Padre. Vosotros podéis completar la lista:

- \* los compromete en la misión y al regreso hace la revisión con ellos (Mc 6,7; Lc 9,1-2; 10,1-12,17-20)
- \* les corrige cuando se equivocan (Lc 9,46-48; Mc 10,13-15)
- \* les ayuda a discernir (Mc 9,28-29)
- \* les pregunta cuando no comprenden o son tardos en entender (Mc 4,13; 8,14-21)
- \* les prepara para la lucha (Mt 10,17s)
- \* reflexiona con ellos sobre los problemas del momento (Lc 13,1-5)
- \* les manda observar la realidad (Mc 8,27-29; Jn 4,35; Mt 16,1-3)
- \* les coloca frente a las necesidades de las gentes (Jn 6,5)
- \* les enseña que las necesidades de las gentes están sobre cualquier prescripción ritual (Mt 12,7.12)
- \* les defiende cuando son criticados por los adversarios (Mc 2,19; 7,5-13)
- \* se ocupa de su descanso y de su alimentación (Mc 6,31; Jn 21,9)
- \* pasa momentos solo con ellos para poder instruirlos (Mc 4,34; 7,1; 9,30-31; 10,10; 13,3)
- \* insiste en la vigilancia y enseña a orar (Lc 11,1-13; Mt 6,5-15)

## 6. Salmo 19 (18) , 8-15

### La ley de Dios fuente de formación

La ley de Yahvé es perfecta,  
hace revivir;  
el dictamen de Yahvé es veraz,  
instruye al ingenuo.  
Los preceptos de Yahvé son rectos,  
alegría interior;  
el mandato de Yahvé es límpido,  
ilumina los ojos.  
El temor de Yahvé es puro,  
estable por siempre;  
los juicios del Señor veraces,  
justos todos ellos,



apetecibles más que el oro,  
que el oro más fino;  
más dulces que la miel,  
más que el jugo de panales.  
Por eso tu siervo se empapa en ellos,  
guardarlos trae gran ganancia;  
Pero ¿quién se da cuenta de sus yerros?  
De las faltas ocultas límpiame.  
Guarda a tu siervo también del orgullo,  
no sea que me domine;  
entonces seré irreprochable,  
libre de delito grave.  
Acepta con agrado mis palabras,  
el susurro de mi corazón,  
sin tregua ante ti, Yahvé,  
Roca mía, mi redentor.

## 7. Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.